

TAMBIEN LOS MUERTOS AMAN

Una conexión para todos los seres

José Enrique Duarte Montenegro

TAMBIEN LOS MUERTOS AMAN

Una conexión para todos los seres



**Fondo Editorial
Tropykos**

Para la realización de la obra se contó la aprobación de Expertos en Epistemología, Metodología, Filosofía y en Publicaciones.

© José Enrique Duarte Montenegro
© Fondo Editorial Tropykos, 2009

Av. El Cortijo Quinta Vitalia N° 79
Los Rosales-Caracas
Telefax: (0212) 6935092/6935001
E-mail:editorialtropykos@gmail.com

ISBN: **978-980-12-3741-9**
Deposito Legal: **lf04320091001071**
Portada: Artista Aragüeño «Nelson Sarabia»
Pinturas Interiores: «Nelson Sarabia»
Diseño y diagramación: Cecilia Sanz
Edición: 500 ejemplares

Impreso en la República Bolivariana de Venezuela

DEDICATORIA

A Dios del Universo

A los espíritus que me guiaron,
Especialmente a todos los que conforman
Mi Gran Familia Duarte Montenegro

A mi Amor

A un Ángel en la Tierra:
Roque David

AGRADECIMIENTO

A mi Padre: **José Enrique Duarte Hernández** quien fue el punto de partida para iniciar este libro, por su entusiasmo y apoyo en el desarrollo de esta publicación así como a mi Madre: **Hilda Josefina Montenegro de Duarte** por su Amor, abnegación y enseñanzas.

A todas aquellas personas que de una u otra forma me dedicaron su atención para esta publicación, con sus consejos, correcciones y estímulos, especialmente:

- Eglee Parra quien fue la especialista en el campo cualitativo
- Franca Casas de Buenaño quien fue la experta en Corrección y Estilo.
- José Luís Rojas en el campo místico y
- Mi Tía Carmen Luisa Montenegro de Daboín por su experiencia y entusiasmo para la realización del mismo.

A mi gran Amigo Oscar Eduardo Guillarte Sarmiento por la inspiración demostrada a través de su poema: Un Toque de un Ángel el cual me guió para la elaboración de los capítulos.

A mi ahijado: Stefano Rafael Montenegro C.

Asimismo, mi gratitud a los informantes claves por su disposición, entusiasmo y cariño demostrado en las entrevistas a profundidad.

A mis grandes amigas que siempre me convencieron para seguir adelante: Yennys Olivares, Marta Briceño y Carmen Francés.

A mis grandes amigos: Alex Atencio, Marco Antonio González, Betty Lobato y Francisco Hernández por su apoyo incondicional.

Al artista plástico Nelsón Sarabia por su creatividad en las pinturas que ilustraron este libro así como su generosidad para lograr la publicación de las mismas.

SUMARIO

Prólogo.....13

Capítulo 1:

Cuerpo, Mente y Espíritu,
en su relación con el Cosmos.....19

Capítulo 2:

Sentidos y significados de la Muerte
A través de «Los Otros»39

Capítulo 3:

El Amor y sus relaciones del «Mas Allá» 65

Capítulo 4:

Realidades del Microcosmo en las fluencias del
Ser hacia la trascendencia del Amor 89

Los misterios no son problemas insolubles, sino realidades no objetivables, pero que al estar inmersos en ellas nos iluminan.

Gabriel Marcel

PRÓLOGO

No hay nada más instintivamente cierto que el amor.... La emoción de sentirse amado nos hace apegarnos a las personas, provocando en nosotros un sentimiento terriblemente enceguecedor que nos impide ver más allá de nuestra emoción, de nuestra necesidad, de nuestro amor... Y es este sentimiento el que nos hace volubles ante la partida de ese ser querido al que hemos perdido físicamente y que de alguna manera pasa a otro nivel donde estará en paz, en armonía, descansando para la eternidad... Y aún así nos cuesta dejarlo ir, porque no estamos preparados para las despedidas eternas, sólo para los *«hasta luego»*, o quizás *«hasta pronto»*...

Es allí, donde nos damos cuenta, que la vida es más que un sentimiento o un cúmulo de emociones, es mucho más profundo entender que los seres que amamos algún día pasarán a un nivel más lejano y profundo, que sólo con nuestro recuerdo sabremos que estarán aquí, al lado nuestro, a través de esas emociones que nos embargan y que hacen que los recordemos a diario, a cada instante, en cada detalle compartido que forma parte del día a día en nuestras vidas y que nos proporcionan la fortaleza de verlos partir, sin el *«a – Dios»*... como lo dice el autor en su contenido profundo y filosófico...

Sucedan cambios en nuestros corazones, y esa emoción al apego por el ser amado, y que nosotros tomamos como amor, nos hace profundamente ciegos, no podremos verlos físicamente, ya que

nuestro propio ego y la emoción nos lo impedirá, pero siempre estarán allí.. En el recuerdo, en la distancia, en la emoción, en el amor... No cabe duda, que la emoción del apego al ser amado trae consigo reacciones, pero en contraposición de acciones, y para éstas debemos estar despejados y despiertos, ya que la felicidad no tiene contrapuestos, en virtud de que nunca se pierde, es posible que esté oculta, oscura, pero nunca se va porque nosotros somos la felicidad, es nuestra esencia, nuestro estado natural, y cuando algo se interpone, como la muerte, la oscurece y sufrimos por miedo a perderla, nos sentimos mal porque ansiamos aquello que somos, es allí donde nace el apego a ese ser maravilloso que físicamente no está, y ese apego es el que nos hace interpretar por instantes, que la felicidad se nos fue con él...

La vida misma nos encomienda la difícil lección de no apegarnos a las cosas, y menos a las personas, porque el apego representa el miedo a perder y, por ende, es un gran impedimento para amar. Sin embargo, desde nuestra conciencia egoísta de la pérdida, cuando ese ser ya no está, y el amor sigue en nuestros corazones nos enfadamos con el mundo, con la vida, cuando en realidad la razón del enfado somos nosotros mismos, producto de la pérdida de ese ser maravilloso que no volveremos a ver hasta ese reencuentro maravilloso en la eternidad, allí aparecen imágenes de lo que esa persona haya podido hacer por nosotros, y en definitiva, reconocer en ese justo momento, la magnitud de nuestro amor, y el desenfado de nunca haberlo hecho sentir, de haberle ocultado nuestro amor, nuestro perdón, nuestro cariño... Es la imagen de reconocer el amor en nosotros mismos y en la persona amada que ya no está y que esa imagen se rompa por la ausencia de alguno de los dos... Allí, evidentemente, surge un gran miedo, es el miedo a lo no existente, a lo desconocido, a lo no sabido, a las preguntas sin respuestas, y por último a las revelaciones, más allá de nuestra propia imagen registrada en nuestra memoria.

Sin embargo, alguna situación particular, nos hace entrever que ellos siguen aquí con nosotros, a través de nuestros recuerdos, ideas, imágenes, o en consecuencia, con alguna revelación, que nos cuesta entender, pero que sabemos que ellos algo nos están comunicando. Al descubrir esto, vemos como cambian nuestras ideas

de ver el amor, el apego, la despedidas... Pero, nos invade una paz en una posición que nos hace mantener la razón por defender esa imagen, ese amor, más allá de lo predecible... Es el aprender a decir que lo podemos dejar ir en paz y que en nuestro pensamiento siempre estarán presentes, sin despedidas...

El autor proyecta certeramente su obra todo este cúmulo de sentimientos y acciones al dirigírlas a un público que está urgido de respuestas ante una situación que puede ser tabú para muchos e insospechada para otros, pero que para todos genera gran curiosidad, de allí las preguntas en relación a lo existente en la muerte después de la vida, y por ende, en el más allá, su existencia, su infinitud como seres de luz que sabiamente los separa en cuerpo, mente y espíritu (Trilogía Perfecta, bien llamado por el autor) y su estrecha relación con el cosmos, a través de una perfecta reconciliación eterna con nosotros mismos en esa búsqueda exhaustiva de la verdad, extrapolándonos a un pasado misterioso y a un presente circuncidado de cualquier explicación marcando una evolución a través de las etapas de la vida como quien dirige la orquesta a través de una batuta majestuosa del más virtuoso director.

Seguidamente, el autor hace una remembranza a través de *Sentidos y Significados de la Muerte a través de los «otros»*, donde nos atrapa en lo más profundo de nuestros sentimientos, en esa búsqueda inacabable de pensamientos e ideas, que rememoran nuestra interpretación mágica de la muerte con el significado e interpretación de nuestros sentidos, hasta llegar al punto más álgido de nuestra conciencia que nos atrapan en formas existentes e inexistentes que nos alertan sobre situaciones que nos pasan en la vida, basados en una irrealidad basada en la separación del cuerpo y el alma, y en donde hay un renacer de la Fé para apaciguar nuestro dolor en la esperanza del reencuentro maravilloso con ese ser lleno de luz, que se nos fue en una despedida amarga y dolorosa para los que quedamos en tierra con muchas preguntas sin responder y mucho amor aún para dar que nos ahoga el pecho, el alma, la vida misma; y sólo con la grandeza del ser supremo brindándonos el regocijo, la esperanza, el aliento, la resignación de ese encuentro, nos aferramos cada día más a esa paz espiritual, a esa fe.

Luego, el autor se pasea por las mieles del *amor y sus relaciones del más allá*, como un concepto universal a través de una magia que envuelve a los seres humanos en diferentes construcciones, donde esa afinidad se puede traducir en felicidad, designada por el apego afianzado a un sentimiento envuelto en los aromas más deliciosos que marcan la esencia del ser, y en donde la pasión representa ese intercambio o fusión de almas en el aquí y en el ahora por siempre eterno, de allí surge lo mencionado por Cyril Connolly: «*A quien rehúya este cielo más le valdría no haber vivido; quien existe sólo por él no tarda en extinguirse*». Y en donde el amor representa el sufrimiento de la persona amada que ya no está:

Como tú, sufro
La negra separación permanente
¿Por qué lloras? Mejor dame la mano
Y prométeme volver en un sueño.
Tú y Yo somos un monte de dolor.
En esta tierra tú y yo jamás nos encontraremos.
Si pudieras tan sólo enviarde a medianoche
Por medio de las estrellas tu recuerdo.

ANA AJMÁTOVA

Ya para cerrar, con las *realidades del microcosmos en las fluencias del ser hacia la trascendencia del amor*, donde en definitiva no existe la cruda separación del amor con el ser, aún y cuando éste ya no esté con nosotros físicamente, estableciéndose una relación entre vivos y muertos a través del fiel entendimiento para no dejarlos ir y demostrarles fidelidad hasta la eternidad. Donde los sueños juegan un papel importante, convirtiéndose en el principal medio de comunicación entre nosotros (los vivos) y ellos (los muertos), sin perder esa relación conjunta y permanente, en donde se da fe a través de hechos y situaciones reales, traspasando de lo comprensible e incomprensible de esa forma de comunicación.

Sin embargo, los hechos narrados reales así lo demuestran, en un destello de luz a través de lo inexplicable, donde las huellas del pasado se enfrentan con el presente, desde lo irreal hasta lo real, con una fuerza tal que genera cambios profundos en el narrador de la experiencia donde se desemboca la muerte, para convertirse

TAMBIEN LOS MUERTOS AMAN Una conexión para todos los seres

en paz, armonía, espiritualidad, alma, corazón y vida misma. Todo esto aunado a la gran bondad del ser amado hecho materia, ilusión, destello y fantasía, aligerado por el inmenso amor que arropa cualquier realidad o fantasía, y poder decir que «*También los muertos aman...*»

Betty H. Lobato Avila

CAPITULO

1

CUERPO, MENTE Y ESPÍRITU, EN SU RELACIÓN CON EL COSMOS.

Este escrito es un manifiesto de la separación concebida como un acto de amor donde los seres humanos que se aman se dicen adiós en el momento de la muerte, donde se rompe el cordón en una forma brusca, pero con el entendimiento de la evolución del ser, dada en todos los planos conducentes o no conducentes a los paralelos, que bajo una sintonía celestial se trasciende con la música que da notas de separación desde el punto físico pero que encuentran su magnificencia en el plano espiritual.

Somos seres de luz, danzantes y vibrantes, en diferentes longitudes de onda y frecuencias que nos permite existir en los escalones de la purificación humana dotada de fragmentación, unidad y electricidad que encadena nuestros espíritus a la salvación o la condena de las almas. Estamos o no estamos, vivimos o existimos, somos obras de dios en todas sus dimensiones y características cuyo objetivo es Amar... Por amor, se encienden las antorchas de la pasión, vuela la carne sin fronteras, unísonos salvajes acertantes o tendientes al amor, que volatizan los olores penetrantes en el acople divino de los cuerpos, que solo persiguen copular... En ese estremecer de sensaciones, donde el delirio se acerca a lo sublime, es el halo que conecta en una minúscula y vaga molécula que se abre al entendimiento y conocimiento de amar.

Somos seres de luz, en las tinieblas e intersticios de la mente, donde no comprendemos en todas sus potencialidades la misión dada o experimentada, solo conocemos las reacciones que vivimos y que

surgen en cada parte del cuerpo, que busca reconciliarse con su mente y su espíritu. Trilogía que magnifica las acciones del hombre en el enriquecimiento de sus valores y principios, esencia fundamental que autentifica el ser en su permanencia más apreciada, que es el querernos a nosotros mismos en las circunstancias que marcan los ríos y los mares al dilatarse en sus movimientos cuando se besan salvajemente a su encuentro; ondas y confluencias que buscan la armonía aparatoso en la naturaleza del ser.

Reconciliación eterna con nosotros mismos en búsqueda permanente de la verdad que está en los seres humanos, tan similar a la fragilidad y brusquedad de los niños en sus primeros pasos porque nos remonta a situaciones pasadas, visualizados pero que alejadas de toda explicación en nuestro espacio circundante. Solo ellos, los niños que vienen a enseñar como grandes maestros las pinceladas que marcan la evolución como campanadas tras las notas musicales que desglosan la partitura del silencio conocidas solo por ellos en ese periodo de transición de las vidas.

Benditos niños que vienen a enseñarnos la calidad y belleza de sus corazones aunados a sus energías interiores, despiertas de sabiduría, paz y voluntad para amar. Solo ellos conocen los códigos y manifiestos que cruzan los tiempos y los espacios hacia la evolución del ser humano. Sus miradas acuciosas de ternura nos encantan hacia la paz interior, con destellos de pureza, ante sus giros inexplicables con sus manos que nos envuelven con sonrisas, energizando el ser ante las dimensiones de lo inexplicable, lo insaturado y lo inacabado. Solo ellos, ángeles de pureza, son capaces de conocer más allá, los confines del universo. Dulces guías, quienes nos señalan el camino hacia la purificación y el encuentro con Dios, integrados de horizontes, caminos y perplejidades del ser, hacia el tallado de la existencia como un alfarero moldea el barro hacia la obra que le da la vida.

Cantos, sonrisas y llantos cruzan las puertas y confines energéticos que movilizan las dimensiones celestiales, atraviesan como celajes entrecruzados de fragmentos divisibles y no divisibles, sensaciones que cruzan los espacios, distinguibles y no distinguibles,

visiones que movilizan la percepción de **lo real hacia lo posible**. Estamos en presencia del infinitus espacius inmensurablus y enigmaticus. Solo podemos acceder aquellos que estamos preparados o dispuestos a ver y sentir más allá de los sentidos. Es girar la mirada, es ver hacia ese punto negro que profundiza el horizonte pudiendo descubrir lo que se esconde a través de él, y que se desarrolla ante la magnificencia del conocimiento y la sabiduría que nos acerca a Dios en su infinita bondad y misericordia.

Esfera celestial que nos acerca a la dimensión de lo posible y contradictorio, haz de luz que fluye en los corazones de los seres que aman:

¿Qué puede ser eso que capta la atención y sacude el interior hacia lo misterioso y profundo de las realidades internas del Ser ? ¿Qué opresión puede ser aligerada solo con el contacto directo de los rayos de la esfera luminosa?

Ansia eterna de vida que florece como un capullo de flor en el resplandecer de la noche de luna que solo quiere vivir, sentir con toda su potencialidad las dos hélices que traduce el código genético en un suspiro, en una respiración angustiosa al nuevo espacio donde depende la existencia, es el marcaje o vuelta al nuevo mundo, es el resurgir de la carne que encierra el volver a la vida, que indica el nacimiento de un Ser con deseos de amar y perpetuarse en los confines de la tierra.

Es el ajetreo de la sala de parto que anuncia que un niño está por nacer:

- Enfermera ¿tiene todo preparado? pregunta el doctor, saliendo al encuentro de la madre que ya siente las contracciones con el ritmo y el tiempo de dar a luz? Sudor, dolor y sangre estremecen la existencia hecha mujer, quien con coraje y valentía puja, puja y puja, en gritos desgarradores que aceleran su corazón; solo Dios en su infinita misericordia conoce el momento preciso en que la criatura viene al mundo.

Gritos y suspiros impregnán la atmósfera produciendo el momento mágico de luz y color que envuelve a la nueva vida, luz de luz, que encarna el ser. Noble por la naturaleza viene a enseñarnos el prodigo de amar, madre e hijo en el binomio perfecto del amor. Entrecruzan sus miradas ante las lágrimas de ella, surge la sonrisa del niño en el regazo de la madre; lo abraza y lo besa con el amor más significativo entre dos seres terrenales que encuentran la paz en su encuentro. Es el deleite que anuncia la purificación del alma en el confín del interior y encuentra la satisfacción y plenitud en el momento crucial de una nueva vida.

No hay palabras perfectas solos gemidos y balbuceos, como códigos secretos que solo la madre conoce e interpreta en todo lo largo de su vida. Es el afecto, el puente donde se amalgaman los sentimientos más puros que cruzan la mente y el corazón de una mujer dispuesta a amar, por la sabiduría divina, envuelta de sutilezas y giros para sentir el calor de su bebé con la energía prodigiosa que comienza a comprimir su ser paulatinamente en la involución de su cuerpo. Amar es su destino a través de todos los caminos que marcan las líneas de su rostro y sus manos, confluencia energética que los protege y fija su dominio. Es conocerse uno al otro, y al poco tiempo, entenderse en la supremacía que marca las latitudes de lo inexplicable e incierto a la hora de cruzarse en las palpitaciones del alma.

- Mi bebé, mi bebé.... suspira la madre. En ese momento, comienza a cantarle la canción que tanto soñó tatarear... ¡Duérmase mi niño, duérmaseme ya.... ¡ ¡ Duérmase mi niño, duérmaseme ya ¡¡..... entre sonidos y cánticos se duerme la criatura y la madre fascinada lo coloca en su cuna.

Niños de gracia divina, seguidores de la autenticidad, sus inicios comunican, pese a su breve hablar, su telepática conciencia que no requiere sonido apreciable al otro, ellos dirigen su mente al objeto de dialogar, con la distancia envían sus señales descifrables o no descifrables al oído común, que con un suspiro llegan ante la minúscula partícula de la heredad, medios saturados que se disgregan ante el canal que informa a distancia sin solo pronunciar.

Espacius infinitus que se energizan ante los nuevos signos, símbolos y ondas que ellos transmiten como esferas minúsculas que se esparcen, con sus labios en el viento, comparables a burbujas de jabón: conocimiento, sabiduría y soledad que tanto ansía en su corazón, niños que se aíslan por la incomprensión. No alteren su belleza a los ángeles de purificación. Ellos vienen con los niveles de conciencia cósmica que solo depara Amor.

Niño ven, busca mi mano y con su mirada fija y energizante me observa y se dirige a mí. Camina suave y sin apuro, distante y no distante, envuelve su cuerpo de alabanza en el cruzar del espacio, su sonrisa ilumina su cuerpo con la brillantez igualable a una estrella, su mirada tierna gira la atención a los ojos que como cristales fulgecen de luz, cuerpos celestiales que anuncian los nuevos cambios por venir, enseñanzas nuevas a adquirir por todos aquellos que conformamos sus espectros que comparables a planetas giran alrededor de su órbita celestial.

- ¡Hola! le dijo. ¿Quién eres? Mueve la cabeza y no responde. Y en sus ojos se deslumbran todas las respuestas que esperas. ¿Qué haces? simplemente sonríe. Entre sus manos se encuentra un carrito que con tanto orgullo trae... Solo juega y desliza su carrito por la tierra con la alegría y la inocencia de un ser de luz.

Crece, crece y crece, vertiginoso, sorprendente y dinámico, en su ser las moléculas de su cuerpo se agitan, excitan y energizan de tal forma que sus células se reproducen vertiginosamente dando lugar a nuevos ciclos, respuestas y reacciones que lo vitalizan constantemente, a través de sus elementos: carbono, nitrógeno, oxígeno e hidrógeno formando puentes que conectan su estructura y conformación física de su cuerpo, en la triada perfecta del ser, con su mente y espíritu.

En el suspiro de la noche se acababa el brillo de las luciérnagas que revoloteaban por la ciudad, casi sin imaginarlo estaba envuelto en el aroma que daban los árboles en la humedad de sus tallos y raíces que se vitalizaban en sus savias restauradoras que energizaban su interioridad en el supremo placer de existir, tan entrañable como fascinante en el caudal que da resplandor a la vida, árbol de vida que

emana de la interioridad del ser para convertirse en la esencia que cubre nuestro destino. Tu inagotable fuente, sabia que regeneras nuestros impulsos y que energiza nuestro Ser, hecho para amar, ante todas las posiciones y situaciones de la vida. Sólo Tú, árbol viviente que canalizas tus deseos, sensaciones, elucubraciones y misterios que envuelve la vida de los seres, que queremos vivir ante el manifiesto divino de Dios.

Existir, vagar, en los intersticios de la mente, en la consagración de la Luz, que envuelve nuestras miradas en el sosiego de la confrontación que complementa o contradice las manifestaciones humanas emanadas en la complejidad de lo que somos o queremos ser en los espacios perfectos y no perfectos de la correspondencia infinita de lo que seremos en el ámbito viviente de las aguas inquietas que turban el espíritu, en el permanente acontecer de la vida diaria.

Lo cotidiano envuelve las miradas en lo que vemos y no vemos, en lo sencillo y rutinario que da en lo que hacemos para convertirse en sólo celajes que algunos pueden ver en la omnipresencia del ser manifiesto de Dios, que vincula sus acciones en la mente interior para entender la verdad de lo que ocurre en su alrededor. Sombras, luces, realidades interiores, situaciones externas vinculantes en los espacios y planos temporales que emergen de las características del ser que apropiá su circunstancia en las emociones que emergen del alma interior que subyuga nuestros pensamientos.

Para surgir en la emotividad que paraliza las sensaciones, los afectos y las incomprendiciones que marcan la interioridad del ser, ¿Es que quizás estamos marcados antes de ser concebidos? ¿Es acaso el código genético que activa nuestra sustancia irrigando nuestro árbol de vida? ¿Que sucede antes, como podemos descubrir lo dispuesto en el marcaje de información que es como un registro que ya está dado en nuestras circunstancias presentes y futuras?

Acaso podemos huir de lo que se emana en nuestro ser, es quizás el destino que mueve los seres humanos hacia nuestro futuro comprensible y no comprensible que activa las acciones en el descubrimiento de lo que somos y hacia donde vamos, rígidos y

herméticos como marionetas nos movemos hacia lo desconocido quizás, en las sensaciones escondidas que acontecen en el interior y que no podemos ocultar porque están ahí presentes marcando nuestra actitud y dinamizando nuestro yo interior. El yo, ese yo que emerge en lo frío y lo cálido, en los extremos y el medio, en lo apacible y quieto, así como lo turbulento e inconmensurable de las latitudes de lo creíble e imaginable, para hacernos despertar en las madrugadas, acceder a lo desconocido de nuestro ser que emerge con furia y silencio a lo consciente.

En ese divagar del espíritu que ensancha nuestro ser, en el dolor inmenso del corazón que presiona con sensaciones múltiples, queriendo emerger de nosotros mismos, para liberar nuestra psiquis, en la reflexión imponderable de vacío estático del cuerpo, libre y desencadenado, que se esparce al espacio sideral, contemplando los planos y espacios vivientes y no vivientes, como un túnel, en espiral que comunica hacia otras dimensiones desconocidas, rostros, seres dispersos, tiempos, épocas pasadas y presentes, que giran alrededor para anunciar una nueva concepción de vida que está entre nosotros.

¿Qué somos y hacia donde vamos? Es el poder de la mente que libera nuestro pensamiento y nos lleva al espacio sideral, donde las latitudes de lo posible se hace realidad en la pasión inagotable de un viaje astral, donde las estrellas están tan cerca de las manos y de los pies, para enseñarnos la libertad, lo infinito, lo hermoso, lo liberador que se genera en el cuerpo, en la incandescencia y resplandor del ser, que resplandece ante la belleza de lo infinito.

Sistemas, galaxias, estrellas, vacíos, huecos oscuros, diversidad, relax inmenso que hace burbujejar la piel, en un éxtasis casi indescriptible que emerge del ser, en la confabulación de ritmos y melodías comparables a la dicha de existir; sólo nos dejamos guiar por la brillantez. Es el espacio infinito, que acaricia otorgando una paz interior que significa el espíritu, sólo somos energía que volatiza la faz en las interioridades, somus campus energético que interacciona y que se incita y excita para la liberación de energía cósmica. Sólo eso, energía liberadora que sensibiliza cada corpúsculo del ser y lo lleva a la plenitud de conocerse, embriagado, fascinado y

envuelto en dicha, que quiere flotar con una ensoñación tal que sopla suave y latente en el infinitus espacius.

Trilogía perfecta: Cuerpo, mente y espíritu. Cuerpo unidad organizada en moléculas de existencia que envuelve los órganos para manifestar las funciones básicas del ente, talladas al virtuosismo de los músculos que engalanan la fisonomía de la apariencia y estética que satura las comarcas y protuberancias de lo deseable e indeseable de las conductas humanas. Maravillas en la consagración de la carne que energiza los ojos hambrientos del deseo y la lujuria.

Primaveras que enervan la savia vibrante para dar brillo y dulzura de los acontecimientos que cristalizan el abrir de pétalos envueltos en las esencias más deliciosas que esparce el espacio, la lozanía de la piel que mitiga el aliento en el resplandor de sensaciones y placeres envueltos en la serenidad y pureza donde solo el complacer a las pupilas gustativas es el evento que asigna quietud y sosiego.

Veranos que energizan y vitalizan el sol radiante del mediodía, ensoñación, fascinación, es el descubrir de la sexualidad y erotismo, ligados a la contemplación del otro, enfurecer de pasiones inexplicables que no encuentran sentido sino a la exploración del cuerpo por la vía de la seducción y del Eros constante hacia el explotar de líquidos, sensaciones y supuraciones que dan sentido al calor del placer.

Otoños, reflexión, análisis y conductas dadas a la serenidad y el sosiego de lo predecible y lo impredecible, que dan respuesta a la cercanía con Dios, en el evento citadino de todas las manifestaciones que envuelven el ser, en lo primario y secundario, en lo cercano y lo distante, en el movimiento y en la quietud aparente que entrecruzan y entrelazan las acciones de los seres humanos. A veces algunos se quedan veraneando en las fantasías de lo imposible, y no hay vuelta atrás.

Inviernos, resequedad de piel que avisa el fin del ciclo donde añoramos los veranos y los otoños, porque en las heladas del cuerpo ya solo hay manchas, pero que invitan a la sabiduría y la nostalgia, donde los porqués están saturados y los suspiros agotados,

escuchamos en el juego eterno de la respuesta ansiada, en las soluciones dadas, en el último destello del atardecer que hace eco de las vibraciones sonoras de la quietud y afluencias del alma, sólo virtuosismo y serenidad, calma y reposo permanente, quietud que desata los lazos hacia el cielo en la inmensidad de las estrellas que refulgen en la mente y la omnipresencia divina.

En la perplejidad de lo inacabado y lo acabado del Ser, en la fuerza vigorizante que anima la calidez, las fronteras y recorridos de los cuerpos vibrantes que dan lugar a la pasión, el frenesí y búsqueda de ansiedades circunstanciales que encadenan los tiempos y las situaciones entre la razón y la emoción, el querer y no querer que describe estos momentos en las páginas donde lo real y lo posible está muy cercano a la realidad, inmensidad del ser que nace ante los espacios benditos del Cosmo.

¿Qué somos? La interrogante filosófica que encierra nuestra existencia. Tendríamos muchas respuestas dependiendo de cada ser humano, quien lo vería desde su punto de vista y lo interpretaría de acuerdo con su realidad y vinculación con lo circundante, pero la respuesta más cercana que nos define, es que somos seres de luz en trilogía perfecta del cuerpo, mente y espíritu, los cuales están conformado por energía girando a diferentes velocidades de vibración. Con la característica, de que somos únicos e irrepetibles por medios naturales; nuestro cuerpo tiene alrededor de 100 trillones de células haciendo 100.000 actividades cada segundo.

Somos, principalmente, un cuerpo de energía que tiene un aspecto físico. El ser humano está inserto en una realidad que es una totalidad. La totalidad del mundo y todo lo que existe está completamente interrelacionado, hablar de individuos aislados o separados es una distorsión de la realidad, como lo expresó el físico cuántico David Bohm. Este llamado «campo de energía» es el que sostiene la enorme y compleja interacción entre todo lo que existe. La vida se expresa y se manifiesta como el fluir permanente de energías, mantenido por la tensión constante entre dos polos. El cuerpo humano es un sistema abierto; es decir, necesita mantener un adecuado y continuo intercambio de energías con su medio, para mantener sus mecanismos reguladores y por lo tanto, su salud.

Hay, pues, en el hombre, en primer término una capacidad dualificante; por cual, la totalidad de su ser se escinde en dos polos o subregiones, a saber: el hombre y el mundo, o como quería Fichte (aunque no sea posible admitirlo por razones que ahora no cabe exponer) el *yo* y el *no-yo*. Esa capacidad dualificante es la que justamente, al decir de Max Scheler, diferencia al hombre del animal en cuanto que éste sólo tiene *medio*, mientras aquél posee un *mundo*; o sea, que sí es capaz de separarse de su contorno y objetivarlo, de tornarle en algo extraño a él, incomprensible y azorante.

Así, el hombre *dementiza* el entorno en que se halla indisolublemente situado, se niega a aceptarlo como algo suyo de hecho y de derecho, admitiendo, en principio, que lo sea de hecho, más no de derecho, y justamente por ello, se lanza a la aventura que consiste en preguntarse, desde sí mismo, por la razón de ser de ese contorno, del cual se escinde inespacialmente y en cuya virtud se torna extraño y extrañante. El mundo es, pues, el resultado de un desglosamiento del hombre y su espacio circundante, que torna a eso que así queda, como la otra parte de la dualidad resultante, en algo hostil al hombre, que le acosa y asedia al situarlo en la insoslayable necesidad de preguntarse por la razón de ser de eso que no es propiamente *él*, pero que, además, da razón del ser del hombre, para que pueda éste realizar cabalmente el destino propio. Al hombre le *importa* el mundo, tiene que importarle, pues la indiferencia (*absoluta*, como en el ser inerte, vbg., la piedra; o *relativa*, la vida instintiva del animal) no es posible en el hombre. Pero, con esto último, con el concepto de indiferencia, caemos en la segunda de las cuestiones apuntadas *ab initio*.

Que al hombre no le es indiferente el entorno, puesto que inicialmente se separa de él, convirtiéndolo en mundo, quiere decir que ha de dominarlo, de vencerlo, al menos en algún sentido. Este dominio del hombre respecto del mundo proviene del hecho específico de la *conciencia*, que, como señalábamos hace un momento, supone a la par que un *darse cuenta de*, la patencia de una *indigencia*. El hombre se da cuenta, advierte que está separado del mundo, necesariamente, por virtud de su naturaleza humana; pero que es ésta una separación no de carácter espacial, ni tampoco

de simple naturaleza mental, como la que puede hacerse por vía de la abstracción. *Separado*, quiere decir, en este caso, que se sitúa en un cierto modo respecto del entorno, sin desligarse totalmente de él, porque ni el hombre incluye absolutamente ese contorno, al punto de que le pertenezca íntegramente, ni tampoco ese espacio circundante es totalmente independiente de él. Por eso, como lo expresa acertadamente Heidegger: la puesta de la conciencia implica el mundo, y recíprocamente, éste supone la puesta de la conciencia. Debido a esta razón, por esto es que puede el hombre tener conciencia de su presencia frente al mundo y a la vez, *padecer* la radical indigencia y menesterosidad de ese mundo al cual se encuentra *religado*, en el sentido de un doble nexo: el del hombre respecto al mundo y el de éste respecto al hombre.

Es precisamente ahora cuando entra en juego el concepto de *trascendencia*, término delicado y de grandes implicaciones filosóficas. Pero de modo aproximado, podemos decir que la trascendencia es a la par la razón de ser primera y última de la existencia humana. El hombre se pone como tal, como *existencia de una conciencia*, en el hecho primario de su dualificación respecto del entorno; o sea, de la mundificación de éste; pero, además, y como remate de su puesta como hombre, ha de manifestarse como *conciencia de una existencia*, o sea como advertencia de ese mundo y su correspondiente patencia de la separabilidad nunca absoluta, y por lo mismo, causante de la extrañeza por un lado y del sentimiento de menesterosidad por otro. Pero tanto, en el comienzo como en el final de este juego, uno y el mismo en cada instante de la naturaleza humana, encontramos como fundamento, como *ratio essendi* de esos principios y fin que se repiten infinitamente en número y sucesión, a la trascendencia.

Al trascenderse funda el hombre el mundo y en la trascendencia de éste encuentra el hombre la razón de su ser como humano. Por eso decíamos hace un instante que el hombre se pone como existencia de una conciencia (lo que equivale en cierto modo a la mundificación del contorno, a la escisión dualificante), y culmina en la conciencia de una existencia (la siempre relativa explicación de su ser como constante referencia a ese mundo a la vez propio y ajeno, a la vez amable y hostil).

La trascendencia dota al hombre de su ser como tal y del ser del mundo. Y ya esto advierte de su fundamental importancia respecto de todo modo de existir. Si el hombre no se trasciende en el mundo, para fundar éste, no hay *humanidad* posible; pero tampoco hay *mundicidad* que valga si el mundo no se trasciende en el hombre. Mas la trascendencia, que así justifica la existencia de hombre y mundo, requiere a su vez una propia justificación. Y esta ha de residir, como toda justificación, en la razón que le asiste para ser lo que es. En su caso, su razón de ser dimana no tanto de lo que podría ser, no importa el modo en que fuere, en su comienzo, sino en su culminación, al cabo de su acción operante. Y esta culminación está dada por lo que la trascendencia tiene que ver con la conciencia *teórica* y la conciencia *moral* respectivamente. (1)

En la trascendencia del ser, surge su esencia como un significado del yo que envuelve sus convicciones, sus deseos, sus empatías, sus tristezas y sus propias realidades internas que conforma esa obra de arte que es el ser humano con sus mezclas coloridas de pasión y estímulo por todas las acciones que lo dimensionan en los espacios terrestres y todas las latitudes indefinidas que lo llevan a evocar los infinitos del espacio que lo rodea; para ello, quise recrearme en la obra de un pintor venezolano como es **Sarabia, Nelson** que a lo largo del tiempo ha conformado sus lienzos con sus realidades internas que subyacen en la fragmentación y rompimiento de sus propios esquemas para trascender hacia los espacios siderales de la creatividad donde Sarabia, Nelson se expresa poéticamente y plásticamente : «Yo soy el macro cosmos y el microcosmos en el infinito espacio, soy parte del todo. Me produce un fuerte sentimiento romántico el estar aquí, el saberme aquí»



Autor: Nelson Sarabia - Título: »Autorretrato Interno» - técnica: Óleo sobre tela -
Medidas 332 X 204 cm – Año: 2005 Exposición individual «A través de la Ventana»,
Museo de Arte Contemporáneo de Maracay MACMA , 2005

En todo lo hecho por Dios Ser supremo del Universo, se vislumbra al ser humano y la naturaleza como fuente de interacción con el Hombre; es la magnificencia del ser a través de su mente, creada a semejanza a Dios como su cuerpo y espíritu, heredad que nos acerca a la consagración de Dios como único y protector. La mente es la maravilla que enlaza con todos los lugares de la Tierra a través de las ondas que emiten los pensamientos que contempla una de las energías de vibración más alta del planeta comparable solo a la minimización de utilización del ser humano.



Autor: Nelson Sarabia – Título: «Florofaunal» – Técnica: Acrílico sobre tela – Medidas: 185 X 160 cm – Año: 2001 Exposición individual: «A través de la Ventana» – Museo de Arte Contemporáneo de Maracay, Macema

En este surgir de las épocas y los tiempos brota una expresión que cambió el mundo: **«Paradigmas»** los cuales imponen los estilos de pensamiento que vivimos y que dirigen las acciones del ser humano. De ahí, parte las creencias, actitudes y hasta las conveniencias, las cuales rigen el comportamiento de los seres; es como si, los paradigmas marcan las potencialidades del ser hacia una costumbre que ciega su condición humana, imponiendo sus ritmos, conformación y hasta la forma de pensar. Quizás, parece inaudito ya que el ser a través de su mente, mueve las fronteras de lo explicable y no explicable en la generación de las ideas que consume su realidad.

La mente comprende una realidad a la que podemos acceder con el «ojo de la razón», aquella compuesta de conceptos, imágenes, símbolos y fundamentalmente de lenguaje. Como dice Jung, *«al igual que una planta produce sus flores, la psique crea sus símbolos»*. Advirtamos que no nos referimos a diferentes percepciones de una misma realidad sino a realidades ontológicamente diferentes. Para el ojo de la carne lo real son los objetos físicos cuantificables, mientras que para el ojo de la razón lo real son los conceptos y símbolos *cualificables*.

A cada segundo, en una vida como la moderna llena de estímulos, nos bombardean enormes cantidades de información. El cerebro sólo procesa una mínima cantidad de ella: 400 mil millones de bits de información por segundo. Los estudios científicos han demostrado que sólo somos conscientes de 2.000 mil de esos bits, referidos al medio ambiente, el tiempo y nuestro cuerpo. Así pues, lo que consideramos la Realidad; es decir, aquello que vivimos, es sólo una mínima parte de lo que en realidad está ocurriendo. ¿Cómo se filtra toda esa información?

Lo que viene a decir es que la Realidad es un número «n» de ondas que conviven en el espacio-tiempo como posibilidades, hasta que una se convierte en Real: eso será lo que vivimos. Somos nosotros quienes nos ocupamos, con nuestras elecciones y, sobre todo, con nuestros pensamientos («yo sí puedo», «yo no puedo») de encerrarnos en una realidad limitada y negativa o en la consecución de aquellas cosas que soñamos. En otras palabras, la física moderna nos dice que podemos alcanzar todo aquello que ansiamos.

El ya famoso experimento con la molécula de fullerano del Dr. Anton Zeillinger, en la Universidad de Viena, testificó que los átomos de la molécula de fullerano (estructura atómica que tiene 60 átomos de carbón) eran capaces de pasar por dos agujeros simultáneamente. Este experimento «de ciencia ficción» se realiza hoy día con normalidad en laboratorios de todo el mundo con partículas que han llegado a ser fotografiadas. **La realidad de la bilocación**; es decir, que «algo» pueda estar en dos lugares al mismo tiempo, es algo ya de dominio público, al menos en el ámbito de la ciencia más innovadora. Jeffrey Satinover, lo explica así: «ahora

mismo, puedes ver en numerosos laboratorios de Estados Unidos, objetos suficientemente grandes para el ojo humano, que están en dos lugares al mismo tiempo, e incluso se les puede sacar fotografías. (2)

La bilocación es la presencia simultánea de una misma persona en dos lugares. Se han dado casos en la vida de los santos tales como el Papa San Clemente, Padre Pío, San Francisco de Asís, San Antonio de Padua, San Martín de Porres y Madre María de San José (Hermanas Agustinas Recoletas).

En este sentido, se ilustra las vivencias del Padre Pío: En el convento de San Elías de Pennisi, Fray Pío experimentó por primera vez el fenómeno de la bilocación. La noche del 18 de enero de 1905, mientras se encontraba en el coro, recogido en profunda oración, se sintió trasladado a una casa señorial de la ciudad de Údine, donde estaba muriéndose un hombre y naciendo una niña.

El caso curioso fue narrado por el mismo religioso que, por obediencia lo puso por escrito y, después de muchos años, por la joven que entonces había nacido. «Hace días- escribe Fray Pío- me pasó algo insospechado: Mientras me encontraba en el coro con Fray Atanasio, eran como las 23 horas del 18 de este mes cuando me encontré en una casa señorial donde moría un papá mientras nacía una niña. Se me apareció entonces la Santísima Virgen que me dijo: 'Te confío esta criatura, es una piedra preciosa en su estado bruto. Trabajala, límpiala, hazla lo más brillante posible, porque un día quiero usarla para adornarme...' Le contesté a la Virgen: '¿Cómo podría ser posible, si yo soy todavía un estudiante y no sé si un día podré tener la suerte y la alegría de ser sacerdote? Y aunque llegue a ser sacerdote, ¿cómo podré ocuparme de esta niña, viviendo yo tan lejos de aquí?' La Virgen me respondió: 'No dudes. Será ella quien irá a buscarte, pero antes la encontrarás en la Basílica de San Pedro en Roma'. Después de esto... me encontré otra vez en el coro».

Este escrito fue cuidadosamente guardado por el director espiritual del Padre Pío, el padre Agustín de San Marco en Lamis. La niña de la que se habla en el escrito se llama Giovanna Rizzani. Su Papá estaba inscrito en la Masonería y durante su última enfermedad,

su lujosa residencia fue rigurosamente vigilada día y noche por los masones, situada en la calle Tiberio de Ciani No. 33 de la ciudad italiana de Údine. Esto, para impedir el paso de cualquier sacerdote.

Horas antes de morir, su esposa Leonilde- que era muy religiosa- estaba cerca del lecho del moribundo recogida en oración y lágrimas. De repente vio salir de la recámara y alejarse por el pasillo a un fraile capuchino. Se levantó enseguida, lo llamó y lo siguió mientras el fraile desaparecía. La señora estaba extremadamente angustiada pensando en su esposo que se moría sin los auxilios religiosos. En aquel momento, oyó gemir al perro que estaba amarrado en el jardín de la casa, como si el animal percibiera la muerte ya próxima del amo.

La señora, no aguantando el gemido del perro, fue a soltarlo. En esos momentos sintió los dolores del parto y allí mismo dio a luz a una niña. El administrador de la casa corrió para ayudarle. De lejos vieron la escena los dos masones que vigilaban la entrada y también el párroco que quería entrar a la casa para auxiliar al moribundo. El administrador, después de que ayudó a la señora a alcanzar la recámara, bajó indignado contra los masones que impedían el paso al sacerdote y les gritó: «Dejen entrar al padre. Ustedes pueden impedirle que asista al moribundo, pero no tienen derecho a impedirle que vaya a bautizar a la niña que acaba de nacer prematuramente». Fue así como se dejó pasar al sacerdote, que además de bautizar a la niña, administró los últimos sacramentos al moribundo arrepentido.

A la muerte del señor Juan Bautista Rizzani, la joven viuda se trasladó a Roma con sus papás. Allí, la pequeña Giovanna creció educada cristianamente. (3)

Estas vivencias develan el poder de la mente: Reflexión que nos lleva a la conexión divina en energía vibrante que minimiza o maximiza en una onda de luz el encuentro con la forma de energía trascendental de la especie. Esto es espíritu, consagrado a amar y también a odiar, que sigue los hilos de luz que rodean nuestro ser para la conexión fundamental que embriaga la mente en la disposición energética que se vitaliza en el contacto que acciona las

unidades energéticas para dar paso a la luz que moviliza y transforma. Quietud brillante de no pensar y pensar que nos eleva al firmamento y al mundo sideral en quantum energéticos de purificación, consagración y trascendencia espiritual.

Todo en uno, en el balance armonioso del yo y el ego, que condiciona las disposiciones celestiales que conectan los niveles jerárquicos de luz en las constelaciones divina de ángeles que dirigen la presencia de los spiritus para lo cual pido permiso para transitar por los caminos de la espiritualidad ante el magno conocimiento y sabiduría que ellos generan en los confines del Universo.

En este sentido, Deepak Chopra (2001) indica:

El cuerpo cambia y se renueva, no es el mismo y, sin embargo, mantiene su identidad, ya que la base de su existencia está más allá de la materia y pertenece al dominio cuántico, donde no hay materia, sino sólo inteligencia que organiza la información y es capaz de identificarse y comunicarse con el resto del Universo. La mente, que es el movimiento de la conciencia -o alma-, utiliza energía electromagnética para crear el cuerpo. Pero el alma no está contenida dentro del cuerpo y, por eso, el alma no muere. Ella es lo único permanente, todo lo demás es como una ola que sube y baja, como el movimiento de los océanos. Incluso, la muerte es un acto creativo del alma, que utiliza este medio para poder renovarse y expresarse nuevamente en la vida física.

Relajación suave y serena que alcanza mi alma en el sonido glorioso de los mantras que envuelven mi ser en la superación magnifica con el yo creador, el yo incesante que transfiere las emociones, situaciones y sentimientos a la búsqueda divina con las sensaciones que liberan el cuerpo para dar paso al alma vertiginosa y calmada; incesante melodía que remonta a la paz consigo mismo. Naturaleza divina que nos transporta a las inmensidades de la creación

en el paso de las aves silenciosas que anidan nuestros sentidos y pulsaciones a la intimida repercusión del ser... ser andante y sublime que dirige nuestros ímpetus al regocijo, luz y quietud brillante...

Serenidad, espacio virginal que sosiega los ímpetus y mitiga las ansiedades de los seres animosos de paz, solo tú Creador, energía brillante que induces la conformación de latitudes y longitudes que enmarca el planeta. Destello solar que envuelves los confines de la tierra, para engalanar los sueños y perplejidades del interior de los seres que habitamos en la macroesfera que convida a lo cotidiano, sencillo y espontáneo de la divisibilidad de la energía.

Referencias bibliográficas:

Bohm, David: Wholeness and the implicate order. Routledge & Kegan Paul Ltd. 1988

Chopra, Deepak «Revista Mundo Nuevo». Rejuvenecer: Vivir mejor y más tiempo. Noviembre- Diciembre 2001

Carroll C, Joan *Mysteries, Marvels in the lives of the Saints*» Tan Books and Publishers.

Royo, M: Antonio Teología de la Perfección cristiana. Biblioteca de autores Cristianos (BAC).

Notas:

- (1) La posición de Sartre en la Filosofía existencial. Humberto Piñera LLera. <http://www.filosofia.org/hem/dep/ref/n03p020.htm>
- (2) La información referente a Antón Zeillinger, molécula de Fullerano fue tomada de la Página Web El subconsciente cuántico <http://subconscientecuantico.blogspot.com/>
- (3) Esta historia fue tomada de la Página Web del Padre Pío El Místico La Bilocación. <http://www.ewtn.com/padrepio/sp/mystic/bilocacion.htm>

CAPITULO

2

SENTIDOS Y SIGNIFICADOS DE LA MUERTE A TRAVÉS DE «LOS OTROS»

Sensibilidad única que atrapa la inmensidad de mi interior en la búsqueda fehaciente de los términos que manejan las ansiedades y controversias que mueven el mundo filosófico de lo acabado e inacabado de las repercusiones del ser. Si tuviera una lupa buscaría el norte que marca lo infinitus de la mente y la comprensión del ser que lleva ante los sentidos y significados de la existencia hacia la menor partícula y disposición de vida que existe en el globo terráqueo... Para interpretar los sentidos y significados de la muerte, que es como buscar ante los cambios de transformación energética, la visualización hacia el más allá.

Sólo en mi interior sería capaz de descubrir las ondas que generan los espacios abiertos hacia la comprensión y el entendimiento de los sentidos y significados de la muerte.... Comencemos por entender la etimología de los sentidos a través de los pensamientos de Gadamer.

En este contexto, surgen dos puntos primordiales para la interpretación del sentido. El primero es la ambigüedad, podríamos decir fenomenológica, del término «sentido». Por un lado se tiene el «sentido» entendido como una *capacidad* de «conocimiento» o «reconocimiento» (Gadamer, 119), por otro lado se tiene, en términos *fenomenológicos*, el «correlato objetivo» de esta capacidad o «logro subjetivo», es decir, el «sentido» efectivamente «reconocido»; el «sentido» como «correlato de la conciencia». Esta es la dualidad fenomenológica típica de toda estructura de la conciencia: lo visto

es el correlato del ver; lo amado, el correlato del amar y, de manera análoga, el «sentido» «reconocido» es el correlato de un «sentido» que «conoce» o «reconoce», por ejemplo, del «gusto»: éste es un «sentido» que, según lo ya citado, - sin «reglas ni conceptos» - «reconoce algo» (Gadamer), mientras que el «algo» reconocido es el «sentido» reconocido o comprendido. Así pues, el «sentido» que reconoce y el «sentido» *reconocido* son correlativos. En particular, esto significa que si el «sentido» en términos subjetivos de la capacidad de «reconocer algo» no se basa en «razones», no se atiene «ni a reglas ni a conceptos», entonces, el «sentido» reconocido no es conceptual o, como según vimos, «no puede ser recogido en el concepto». Es decir, de acuerdo a todas las reglas de la fenomenología husserliana de la conciencia, se trata de una capacidad no conceptual que, correlativamente, tiene «logros» no conceptuales - tal como ocurre con la percepción o los sentidos en general, los cuales tienen «logros» no conceptuales.

Este recuento de las características del «sentido» o «gusto» gadameriano no estaría completo sin recalcar de una manera más explícita su carácter comunitario, de grupo. Gadamer dice: «(...) la unidad de *un* ideal de gusto el cual distingue y une a *una* sociedad. El gusto se rige todavía, en este caso «social», por un criterio de contenido. Lo que *una* sociedad reconoce, cuál gusto domina en ella, esto crea la *comunidad* de la vida social. (4)

En el encuentro de pensamientos surgen interrogantes que nublan nuestra mente y hasta el corazón de formas existentes e inexistentes que nos alertan de las situaciones y acontecimientos que marcan la vida y la muerte de los seres humanos, cuando apreciamos a un amigo en el doloroso momento de la muerte de su madre... Es la suspensión de la vida que nos acerca a Dios en la contemplación del espíritu que renace por el dolor de la separación, el cual se manifiesta a través de los siguientes escritos:

«A veces vienen a mi mente muchas ideas y pensamientos que no logro descifrar ni mucho menos enlazar, pero estoy consciente de que llegan por algo... Uno de ellos es la duda sobre si realmente somos nosotros los que vivimos en un mundo irreal, paralelo, sin sentido y lleno de una impresionante lasitud en la que

se nos pasan cada uno de nuestros días; de veras que es difícil no recordar el mundo de «**los Otros**» porque quizás esa sea una de las verdades que nos oculta nuestro universo; el saber que somos nosotros quienes no tenemos vida y pasamos a tenerla en ese dilatado espacio en el que llega el momento de partir... en mi cabeza gira la idea que cuando desencarnamos, cuando se separa alma y cuerpo, por nuestra vista pasa una especie de película en la que nos vemos; yo le agregaría que aparte de sucederle a quien está a punto de partir, nos sucede a nosotros también...

Esta realidad tan cruda desencadena todo tipo de acontecimientos que impacta la forma y la óptica con que vemos la vida y es tan fácil identificarnos con este relato que podríamos expresar:

«— Por lo menos a mí me sucedió y realmente no logro entender lo que pudo pasar...; es difícil aceptar que ese ser que amamos ya no estará en este mundo, y que a pesar de haber hecho todo lo posible por lograr un milagro, no sucedió...»

Seguidamente, buscamos la manera de consolarnos y el encuentro con Dios en el rito litúrgico permite apaciguar el dolor, por lo tanto en el recinto religioso escucharíamos luego:

«Nos quedan las satisfacciones y la esperanza de un reencuentro en el cielo, pero estoy convencido que el encuentro con el ser supremo sucede aquí, en la vida paralela, terrenal y simple que nos toca vivir y que tanto nos empeñamos en complicar... «

Quien ha pasado por ese dolor puede entender lo que aquí expreso; es tan inmenso y desconcertante el vacío por la partida de una madre; que nunca más volveremos a ser los mismos y los problemas cotidianos y las situaciones difíciles nos parecen un juego de niños en comparación con lo que se siente...

En nuestra mente se suscitan inquietudes que afianzan nuestro modo de vida:

- Ya entiendo aquello de que madre sólo hay una... Estoy convencido que no existe ser en la faz de la tierra que logre sobrevivir dos veces al dolor de perderla.

En este sentido, Isabel Allende citó una vez que el único y más grande defecto de las madres es que siempre se van antes de poderles retribuir el amor y todo aquello que nos dieron en vida y nos dejan solos e irremisiblemente arrepentidos de no haberles podido dar todo lo que merecían...

Es cierto, yo lo viví, una madre es capaz de quitarse el pan de la boca para dárselo a un hijo... Y no sólo eso, sino que tienen una especial habilidad para sufrir en silencio por todo lo que les pasa a sus hijos, al final nos enteramos que era cierto que el corazón de una madre nunca engaña... Es difícil aceptar las cosas que nos duelen, pero sólo el hecho de recordar, todo el sufrimiento y dolor que enfrentó mi madre en agonía, me hace sentir un alivio en el alma de que aquella mañana empezó una nueva vida para ella y para todos nosotros...

- Me imagino que a todos los que han pasado por ese momento, les sucede igual: pensamos que no sobreviviremos, pero no es cierto, debemos una vez más emprender la marcha, quizás no con muchas fuerzas, pero en fin, con el ansia de nuevos horizontes... Aunque el dolor es tan grande que casi nos impide respirar, se debe volver a empezar lentamente y con la seguridad plena que una madre siempre espera... Es allí, donde sentimos que se ha ido una parte de nuestra vida misma y que a pesar del sol o de la luna y su luz, todo está ennegrecido y triste porque se ha ido el ser más excepcional que conocemos...

Allí mismo renace la Fe... Fe de que se hizo lo mejor y que las satisfacciones que le dimos son y siempre deben ser lo más importante que recordemos, porque para una madre, no hay error, ni defecto que empañe el orgullo de tener un hijo... Estoy seguro que cuando estabas en blanco lecho, ya no eras tú y que nos podías ver desde lejos o desde cerca, por eso sucedió de esa forma... tenía que devolverme y estar allí y ver como después de pedirte perdón

por haber fallado en algo, un suspiro lento y pausado marcaba el momento de tu Adiós.

Y la bienvenida a un mundo mágico en el que el dolor desaparece de tu cuerpo y poco a poco se va proyectando una luz que nos invade a cada uno de nosotros para ayudarnos a seguir adelante...

Estoy convencido de que existen muchos momentos en nuestra vida en los que queremos desaparecernos y no recordar los errores y faltas, pero más tarde o más temprano vemos que seguimos aquí y que cada uno de esos episodios nos ayuda a crecer... Una vez más decidí cambiar, aunque creo y estoy tratando de sentirlo, que esta vez debe ser definitivo ese cambio en mí, porque llegan los mensajes para decirme que es hora de aceptar lo nuevo, que no vale la pena seguir luchando contra mí mismo y despertar la otra parte de mí, para que me ayude a asumir la vida desde otra óptica; porque sé que es la única vía para ser feliz.

Hoy he visto que la vida se vive un momento y que lo más importante de la vida es vivir... A veces siento que en busca de la felicidad dejé pasar los momentos que podía disfrutar de las personas que estaban a mi lado... creo que de tanto correr por ganar tiempo al tiempo, al final me olvidé de vivir... He tenido momentos felices pero han podido ser mucho más, sólo que por el ansia de vivir cosas nuevas nos alejamos de las cosas sencillas de la existencia...

En oportunidades me pregunto qué será de mí, qué pasará mañana, es duro estar así, no sé a quién acudir para contarle que me siento solo. El vacío que llevo dentro de mí en ocasiones se vuelve tan grande, me absorbe y me lleva por el sendero de la melancolía... trato de ver lo hermoso de la vida y las muchas veces que compartí con mi madre, pero el sentimiento de saber que no estás en casa cuando llegue, que no podré disfrutar de ti, como lo hacia tiempo atrás. Tuve mil oportunidades de hacerlo diferente y no lo hice, me embarga... las lágrimas delatan mi alma triste y pienso que todo es un sueño...

Hoy me siento lleno de dolor y con muchos anhelos de sanar las heridas. La ley de supervivencia siempre es más fuerte y estoy

seguro que tarde o temprano todo va a cambiar para seguir rumbo fijo con la serenidad necesaria para acercarnos a la felicidad. La reconciliación con la vida es un hecho, no deseo vivir pensando en lo que pudo haber sido y no fue... Mi relación con mi mamá fue perfecta, porque cada uno dio lo que podía dar; quizás no fuimos los mejores el uno con el otro y eso se lo debemos a la evolución, porque se crece al lado de quien nos da la oportunidad; pero estoy seguro que llegamos a ser excelentes amigos y que compartimos en muchas ocasiones las vivencias, hechos y emociones que nos permitieron ver y tocar de cerca la felicidad...

Mi álbum de fotos habla de ello... de los viajes, las fiestas, los paseos y, sobre todo de las satisfacciones en cada uno de los logros... es difícil decirlo aquí y en este momento, pero he comenzado a sentir alivio y sosiego en mis tristezas, y siento que ni tú ni yo le debemos nada a la vida, fuiste, eres y serás mi más grande inspiración y fuente de vida, te di lo mejor de mi en todo momento, porque hasta de las fallas y las diferencias se puede aprender...

Te amé y me amaste... te dí y me diste... te apoyé y me apoyaste...te extrañaré siempre; pero sé que donde estás, hay un lecho apacible y tenue sólo para tí, en el que descansa solo tu cuerpo, porque tu alma se proyecta en el vasto universo que nos rodea... Estoy convencido que una madre nunca abandona...Estamos en paz. Te amaré por siempre...

Luego de tantas situaciones y complejidades, he comprendido que la esencia del ser humano es infinita y que aunque cueste aceptarlo, el toque de un ángel es real... Hay personas que llegan a nuestra vida y están a nuestro lado el tiempo necesario para cumplir con su cometido...un instante, horas, días, meses o todo un ciclo vital... de ellos aprendemos y son ellos los que muchas veces nos hacen reaccionar y observar lo que no es visible a simple vista...Todo lo que ha pasado lo confirma y me comprueba que estamos vinculados el uno al otro en una suerte de tejido en el que se entrelazan nuestras vidas; se ligan, se cruzan, se separan y se vuelven a unir para hacernos ver que cada quien viene a este mundo con una misión y que dependemos el uno del otro para lograr la misión universal: Evolucionar.

Quizás el enlace de lo aquí expuesto no es entendible a simple vista, pero al hablar del toque de un Ángel se refiere a las personas que representan el enlace entre el momento presente y los encuentros que el Universo nos propone...en el ocaso de la vida de mi madre había una ausencia que angustiaba su existencia: la del amigo fiel y seguro compañero...Su separación generaba cuestionamientos e interrogantes hacia él...Sin palabras como explicarle a su Madre, solo le quedaban las razones cotidianas; más la mirada de ella, hablaba por sí sola...Bastó que llegará una persona inesperada y los intercambios surgieron... Se disiparon las dudas, volvió la armonía y el amigo fiel, sensible y solidario retorno a su vida... Su compañía fue crucial y permitió que la partida de Paula estuviera signada por la confesión y unción del Santo Óleo que serviría de cierre a su vida terrenal... El toque del Ángel fue preciso y duro el intersticio necesario para la reconciliación entre los amigos. Fue un hilo de luz en medio de la oscuridad...(5)

Es el amor infinitus que supera las fronteras, latitudes, planos y conciencias en el Universo, que es incomparable a todo sentimiento humano existente en el planeta como es el amor entre madre e hijo. Divinidad hecha verdad por la mano de Dios que con un celo ciñe a la mujer la presencia divina a través de la encarnación de un hijo, producto del amor entre los padres en la concepción que vitaliza la especie humana en surgimiento de las emociones y sensaciones vividas a lo largo de su existencia.

Solo Dios es capaz de conocer semejante grandeza en toda la magnitud de los sentimientos, emociones y actitudes. Donde las competencias se generan a través de la convicción del ser madre y que no requiere de conocimientos para afrontarlos con la serenidad, optimismo y gallardía que solo ese ser puede hacerlo. Es el acto de amor que mueve la esencia del ser humano hacia lo infinito del amor de Dios sobre la especie humana.

Estas líneas nos llevan a la interpretación y meditación de la muerte como un elemento filosófico, epistemológico y cotidiano de la vida que como todo ciclo comienza tiene que terminar en su materia y esencia, por tal motivo se recopiló información necesaria

para la comprensión de dicho tema a través de los escritos de los grandes filósofos:

Platón afirmó que la filosofía es una meditación de la muerte. Toda vida filosófica, escribió después Cicerón, es una *commentatio mortis*. Veinte siglos después Santayana dijo que «una buena manera de probar el calibre de una filosofía es preguntar lo que piensa acerca de la muerte». Según estas opiniones, una historia de las formas de la «meditación de la muerte» podría coincidir con una historia de la filosofía. Ahora bien, tales opiniones pueden entenderse en dos sentidos. En primer lugar, en el sentido de que la filosofía es o exclusiva o primariamente una reflexión acerca de la muerte. En segundo término, en el sentido de que la piedra de toque de numerosos sistemas filosóficos está constituida por el problema de la muerte.

Por otro lado, la muerte puede ser entendida de dos maneras. Ante todo, de un modo ambiguo, luego, de una manera restringida. Ampliamente entendida, la muerte es la designación de todo fenómeno en el que se produce una cesación. En sentido restringido, en cambio, la muerte es considerada exclusivamente como la muerte humana. Lo habitual ha sido atenerse a este último significado, a veces por una razón puramente terminológica y a veces porque se ha considerado que sólo en la muerte humana adquiere plena significación el hecho de morir. Esto es especialmente evidente en las direcciones más «existencialistas» del pensamiento filosófico, no sólo las actuales, sino también las pasadas. En cierto modo, podría decirse que el significado de la muerte ha oscilado entre dos concepciones extremas: una que concibe el morir por analogía con la desintegración de lo inorgánico y aplica esta desintegración a la muerte del hombre, y otra, en cambio, que concibe inclusive toda cesación por analogía con la muerte humana.

Una historia de las ideas acerca de la muerte supone, un detallado análisis de las diversas concepciones del mundo —y no sólo de las filosofías— habidas en el curso del pensamiento humano. Además, supone un análisis de los problemas relativos al sentido de la vida y a la concepción de la inmortalidad, ya sea bajo la forma de su afirmación, o bien bajo el aspecto de su negación. En todos los casos,

en efecto, resulta de ello una determinada idea de la muerte. Señalar que una dilucidación suficientemente amplia del problema de la muerte supone un examen de todas las formas posibles de cesación aun en el caso de que, en último término, se considere como cesación en sentido auténtico solamente la muerte humana.

Por lo pronto, que hay una distinta idea del fenómeno de la cesación de acuerdo con ciertas últimas concepciones acerca de la naturaleza de la realidad. El atomismo materialista, el atomismo espiritualista, el estructuralismo materialista y el estructuralismo espiritualista defienden, en efecto, una diferente idea de la muerte. Ahora bien, ninguna de estas concepciones entiende la muerte en un sentido suficientemente amplio, justamente porque, la muerte se dice de muchas maneras (desde la cesación hasta la muerte humana), **de tal modo que puede haber inclusive una forma de muerte específica para cada región de la realidad.** La *analogía mortis* que con tal motivo se pone de relieve puede explicar por qué —para citar casos extremos— la concepción atomista materialista es capaz de entender el fenómeno de la cesación en lo inorgánico, pero no el proceso de la muerte humana, mientras que la concepción estructuralista espiritualista entiende bien el proceso de la muerte humana, pero no el fenómeno de la cesación en lo inorgánico.

No se trata, pues, de adoptar una determinada idea del sentido de la cesación en una determinada esfera de la realidad y aplicarla por extensión a todas las demás esferas (por ejemplo, de concebir la muerte principalmente como cesación en la naturaleza inorgánica y luego de aplicar este concepto a la realidad humana; o, a la inversa, de partir de la muerte humana y luego concebir todas las demás formas de cesación como especies, por acaso «inferiores», de la muerte humana). Se trata más bien de ver de qué distintas maneras «cesan» varias formas de realidad y de intentar ver qué grados de «cesabilidad» hay en el continuo de la Naturaleza. (6)

Seguidamente a los planteamientos anteriores surgen las ideas de Heidegger, quien plantea que el principal problema es la pregunta por el ser como algo constitutivo y fundamental de todo quehacer filosófico, al mismo tiempo que denuncia el olvido de esta cuestión por parte de los mismos filósofos griegos que iniciaron una

investigación rigurosa sobre el ser. Platón y Aristóteles no lograron definirlo, sino que oscurecieron su sentido al tratarlo como un *ente*, como una «presencia» e, incluso, como una simple cópula: aquello que define sin definirse a sí mismo.

Heidegger se propone delimitar con precisión los ámbitos de lo ontológico (ser) y lo óntico (ente), cuya escisión asimiló al primero, al ser, con la permanencia y la eternidad, en oposición al carácter sumamente efímero y cambiante del ente. Esta escisión se pretende eliminar mediante un enraizamiento del ser en la **temporalidad**.

Heidegger intenta establecer una ontología distinta, una **superación de la metafísica tradicional** «olvidadiza» de la cuestión del ser, mediante una **analítica existencial**: es el hombre el que se pregunta por el sentido del ser (*Dasein*, ser-ahí) y, por lo tanto, todo estudio de esta cuestión requiere un examen previo de lo que es el hombre, entendido no de manera genérica, sino como aquello que abre la visión del ser y a través del cual se deja oír su voz.

El *Dasein* es el hombre, aquel ser que posibilita que el ser esté presente y pueda ser interpretado, pero no ha de entenderse como una cosa, sino como un poder-ser, como el lugar en el que se manifiestan y despliegan sus posibilidades.

Este poder-ser que es el hombre está condicionado por la **facticidad**. El *Dasein* se despliega en el absurdo de lo dado, lugar que le preexiste desde siempre y desde el cual se proyecta irrevocablemente más allá de sí mismo, como forma de realizarse como proyecto: no es todavía lo que tiene que ser y ha de dejar de ser lo que ahora es; el hombre es una **anticipación** de sí mismo porque es un ser-en-el-mundo.

Nuestra propia existencia encarna una determinada representación e interpretación del mundo. El ser es lenguaje y tiempo, y nuestro contacto con las cosas está siempre mediado por prejuicios y expectativas como consecuencia del uso del lenguaje. Cualquier respuesta a una pregunta acerca de la realidad se halla manipulada de antemano, ya que siempre existe una **precomprensión** acerca de todo lo que pienso. Esta precomprensión de las cosas

produce una **circularidad** natural en la comprensión que va de lo incomprendido a lo comprendido, y que ha sido denominada «**círculo hermenéutico**».

El hombre es un decir inconcluso, un proyecto incompleto que debe asumir la muerte como fin radical. Estamos *arrojados* a un mundo que es nuestro espacio y posibilidad de realización y, por lo tanto, puede ser considerado un *utensilio*, un instrumento que utilizamos para realizarnos. En la medida en que nos servimos del mundo y lo instrumentalizamos para nuestras acciones y proyectos, creamos una relación con él que varía dependiendo no sólo de los condicionantes históricos y temporales, sino con cada individuo. El hombre crea mundo, hace mundo, dependiendo del uso y de los fines que lleve a cabo.

Heidegger advierte de los **peligros de la técnica** cuando ésta menoscaba nuestra relación originaria con el ser y nos hunde en la facticidad de los entes, instrumentalizándonos a nosotros mismos y dejándonos atrapar por los propios objetos que hemos creado.

Nuestra existencia es preocupación surgida de la **angustia** de vernos proyectados en un mundo en el que tenemos que ser a nuestro pesar. Provenimos de una nada y nos realizamos como un proyecto encaminado hacia la muerte, por eso, la angustia es constitutiva del Dasein, porque es la condición de un ser caído y solitario que no puede contar con Dios ni remedio alguno a su condición.

Debemos hacernos responsables de nuestra propia vida, asumir nuestra propia muerte sin dejarnos fagocitar en nuestra relación con los objetos y sus funciones. La vida inauténtica nace del ocultamiento de lo terrible de nuestra condición. **La autenticidad consiste, según Heidegger, en reconocer que somos un ser para la muerte, única vía de acceso a la libertad.** (7)

Después de comprender los pensamientos de Heidegger, es fundamental reflexionar acerca de la muerte, a través de la visión de la autora Laura Tortorella quien nos argumenta de la siguiente forma, considerando las ideas del filósofo alemán:

Ser y Tiempo comienza con un análisis preparatorio referido al ser del hombre, el «ser-ahí»1, en cuanto «[...] ente *al que hay que preguntar* sobre su ser con fundamental anterioridad». Este análisis parte de la mediedad, es decir del conjunto de los modos de ser reales y posibles del ser del hombre, que se caracteriza por encontrarse delante a un complejo de posibilidades que no necesariamente se realizan. Esta es la idea de la existencia del hombre como «poder ser». El hombre está en el mundo siempre como un ente que se proyecta en posibilidades propias suyas. Corresponde, por lo tanto, al «ser-ahí» la elección de una existencia auténtica o inauténtica. En primer lugar, y la mayoría de las veces, el «ser-ahí» está en el mundo del que se ocupa. La ensimismación en tiene el carácter del extravío en la que el filósofo define como la publicidad del «Se» donde dominan la palabrería, la curiosidad y el equívoco.

Esta es la existencia inauténtica en la que el Ser-ahí tiene la impresión de «comprenderlo todo sin previa apropiación de la cosa. De todos modos, en cuanto siempre arrojada en el mundo del «Se», la existencia es siempre originariamente inauténtica.

Por lo tanto, es constitutiva del «ser-ahí» la deyección, es decir la caída en la mentalidad del «Se». Contrapuesta a la inauténticidad está la autenticidad que es ofrecida por la posibilidad del Ser-ahí de elegirse, de conquistarse. Auténtico es, para Heidegger, el «ser-ahí» que se reapropia de sí proyectándose en base a la posibilidad más suya. Para una interpretación del ser del «ser-ahí» originaria que implique la autenticidad, resulta necesario plantear «[...] la cuestión del ‘poder ser total’ de este ente [en el cual] [...] mientras es, falta en cada caso aún algo que él puede ser o será: la muerte.

Ahora, la consecución por parte del «ser-ahí» de la totalidad mediante la muerte implica la perdida del ser del «ahí», es decir de la existencia. El «ser-ahí» está, por lo tanto, imposibilitado de expresar

el pasaje al «no-ser-ahí-más». Por este motivo, parece importante la muerte de los Otros que permitiría una visión «objetiva» del fin del «ser-ahí». Así, la muerte aparece como el fin del ente en cuanto «ser-ahí» y el inicio de este ente como simple presencia. Pero esta interpretación es falaz, según Heidegger mismo, en cuanto el «difunto» continúa siendo objeto del «ocuparse» en el sufrimiento y en el pensamiento de los que quedan. Por lo tanto, la muerte se revela como una pérdida en la que: «No experimentamos en su genuino sentido el morir de los otros, sino que a los sumo nos limitamos a ‘asistir’ a él».

Dado que el análisis del fin y de la totalidad del «ser-ahí» experimentada en la muerte de los Otros se reveló infecundo, Heidegger trata de delimitar el análisis existencial de la muerte respecto a otras interpretaciones posibles del fenómeno como la biología y la ontología de la vida llegando a decir que el análisis existencial «[...] se limita a hacer la exégesis del fenómeno bajo el punto de vista de su manera de *entrar en el ‘ser ahí’ del caso* en cuanto posibilidad de ser de éste» El planteamiento de una investigación sobre lo que habrá después de la muerte es dejado para otro momento después de una clarificante interpretación ontológica. Fuera de todo análisis existencial cae también la metafísica de la muerte: «Las cuestiones de cómo y cuándo ‘vino al mundo’ la muerte, qué ‘sentido’ pueda y deba tener como mal y dolor dentro del universo de los entes [...].

A las cuestiones de una biología, psicología, teodicea y teología de la muerte es metódicamente anterior el análisis *existencial*. La muerte pertenece al ser del Ser-ahí, por lo tanto es necesario según Heidegger demostrar cómo en este fenómeno se revela la existencia, la efectividad y la deyección del «ser-ahí». El ser para la muerte se revela inmediatamente como posibilidad existencial que remite al carácter de arrojado en cuanto «[...] que es entregado a la responsabilidad de su muerte y ésta es por tanto al ‘ser en el mundo’, no tiene el ‘ser ahí’ inmediata y regularmente un saber expreso, ni mucho menos teórico». Es en este deyectorio estar-cerca que se anuncia la fuga delante de la muerte. A este punto de la investigación Heidegger considera indispensable una dilucidación sobre el «ser para la muerte» medio y cotidiano. Para el filósofo es en la palabrería

que se deben buscar las modalidades con las que el ser cotidiano interpreta su «ser para-la-muerte»: «‘La muerte’ hace frente como sabido accidente que tiene lugar dentro del mundo». La palabrería del SE considera la muerte como un evento que un día u otro, terminará por suceder.

El equívoco, que acompaña siempre la palabrería, habla de la muerte como de un ‘caso’ que tiene lugar continuamente. Por lo tanto, el SE lleva a una «[...] indiferente tranquilidad frente al ‘hecho’ de que uno morirá» vaciando así al «ser-ahí» de su poder-ser más propio e incondicionado. «Con arreglo a la tendencia a la caída, esencial a este modo, se manifestó el ‘ser para la muerte’ como un encubridor esquivarse ante él». **Esta evasión hace que la muerte sea concebida como la posibilidad más propia, incondicionada, insuperable y cierta. «La muerte llega ciertamente, pero por ahora aún no».**

Esto es según Heidegger lo que se dice respecto de la muerte. Es el «pero» que, para el filósofo, quita certeza a la muerte. La cotidianidad termina en el «[...] inactivo pensar en la muerte». Pensamiento que después es postergado contentándose con apelar a la «opinión general». Así, según Heidegger, el SE vela «[...] lo peculiar de la certidumbre de la muerte, *el ser posible a cada instante*». A partir de este análisis Heidegger llega a la formulación del concepto ontológico existencial integral de la muerte: *«La muerte en cuanto fin del ‘ser ahí’ es la posibilidad más peculiar, irreverente, cierta y en cuanto tal indeterminada, e irrebasable, del ‘ser ahí’»*. De hecho el «ser-ahí», según el filósofo, se mantiene en un «ser para la muerte» inauténtico. Pero de todos modos es posible para el «ser-ahí» comprender auténticamente la posibilidad más propia, incondicionada, insuperable y cierta que es el «ser para la muerte», si no escapa de ella y no la encubre.

En el «ser para la muerte» la posibilidad debe ser comprendida justamente como posibilidad. «Relativamente a algo posible tomado en su posibilidad se conduce el ‘ser ahí’, empero, en el *esperar*». El esperar no es según Heidegger una separación momentánea de lo posible, sino un estar atento a ella. Por lo tanto, el «ser para la posibilidad», en cuanto «ser para la muerte», se descubre como

posibilidad. A este modo de ser para la posibilidad Heidegger da el nombre de **ANTICIPACIÓN DE LA POSIBILIDAD**. En la anticipación la posibilidad se revela como la posibilidad de la incommensurable imposibilidad de la existencia. Es la anticipación la que le permite al Ser abrirse a sí mismo a su posibilidad extrema que es la muerte.

Es siempre la anticipación que se revela como la posibilidad de una existencia auténtica en cuanto el «ser-ahí» anticipándose se puede substraer al SE. Después, «[...] lo irreferente de la muerte comprendido en el ‘precursar’ singulariza al ‘ser ahí en sí mismo. [...] Esta singularización [...] hace patente que todo ser cabe aquello de que se cura y todo ‘ser con’ otros fracasa cuando va el más peculiar ‘poder ser’». Así, para que el «ser-ahí» sea auténticamente sí mismo es necesario que se haga por sí mismo posible para eso. «Pero el fracaso del ‘curarse de’ y del ‘procurar por’ [...]» no implican escisiones entre estos modos del «ser-ahí» y del ser sí mismo auténtico. Las estructuras existenciales, en efecto, forman parte de las condiciones de posibilidad de la existencia en general.

La posibilidad más propia e incondicionada es además insuperable, según Heidegger. «El ‘ser relativamente a ella’ hace comprender al ‘ser ahí’ que le es inminente como posibilidad extrema de la existencia renunciar a sí mismo». **Gracias a la muerte entendida como posibilidad insuperable el «ser-ahí» se hace consciente del poder-ser que es también de los otros.** La posibilidad más propia, incondicionada e insuperable es también cierta e indeterminada. Pero «en el ‘precursar’ la muerte indeterminadamente cierta se expone la existencia a una *amenaza* constantemente surgente de su ‘ahí’ mismo». Apertura esta posible, según Heidegger, por la **ANGUSTIA**. Así, el «ser para la muerte» es esencialmente angustia.

Es necesario recordar que Heidegger ya ha tratado la angustia definiéndola como la posibilidad de una apertura privilegiada en cuanto aísla y por lo tanto retoma el «ser-ahí» de su deyección y le revela la autenticidad y la inauténticidad como posibilidades de su ser. «La angustia hace patente en el ‘ser ahí’ el ‘ser relativamente al más peculiar ‘poder ser’’, es decir, el *ser libre para* la libertad del

elegirse y empuñarse a sí mismo. La angustia pone al ‘ser ahí’ ante su ‘ser libre para’ (*propensio in*) la propiedad de su ser como posibilidad que él es ya siempre». Heidegger mismo resume así el ser-para-la muerte auténticamente proyectado sobre el plano existencial: «*El ‘precursar’ desemboza al ‘ser ahí’ el ‘estado de perdido’ en el ‘uno mismo’, poniéndolo ante la posibilidad – primariamente falta de apoyo en el ‘procurar por’, ‘curándose de’ – de ser él mismo, pero él mismo en la apasionada LIBERTAD RELATIVAMENTE A LA MUERTE, desligada de las ilusiones del uno, fáctica, cierta de sí misma y que se angustia*». (8)

En este sentido, la autora indica que el filósofo subraya que el análisis de la anticipación ha mostrado la posibilidad ontológica de un ser-para-la muerte auténtico pero que ha hecho surgir «[...] la posibilidad de un ‘poder ser total’ propio del ‘ser ahí’, - pero sólo como posibilidad ontológica».

Nueva tarea del análisis será la de establecer si la anticipación de la muerte tiene un correlativo en el plano existentivo, es decir en la vida concreta. Será la voz de la conciencia que implica una decisión *in proprio* la que hará auténtico el «ser-ahí».

La respuesta a la voz de la conciencia es, según Heidegger, decisión anticipadora de la muerte. Es justamente a esta noción de decisión anticipadora de la muerte que se conecta el concepto heideggeriano de temporalidad como sentido del ser del «ser-ahí». Así, gracias a esta indagación sobre la muerte que puso en claro el carácter constitutivamente temporal del «ser-ahí», Heidegger se acercará ulteriormente a la meta de su investigación, que es la de elaborar la relación ser tiempo.

En continuidad de las ideas presentadas, señalo y cito una de las despedidas más impresionantes que se han suscitado cuando Jacques Derrida expresa el discurso de despedida a Emmanuel Levinas:

Tuve que enfrentar esta pérdida. Tuve que escribir despedidas para allegados o amigos desaparecidos, y siempre me despedí del muerto después de su muerte. Nunca pude redactar un elogio

fúnebre antes de la muerte real de quien estaba por morir, aunque estuviese condenado por una implacable enfermedad.

Me parece que no se puede decir la muerte antes de la llegada de la muerte. Cada vez que esto se produce, cada vez que se escribe la despedida por adelantado, como un homicidio de la muerte, la impostura puede leerse entre líneas. Se priva a la muerte del posible relato de su muerte y se la identifica con una nada. Traición de la cronología, traición del tiempo necesario para la llegada de la muerte, para su narración y su celebración. Transgresión suprema, además, ya que esta matanza de la muerte, perpetrada antes de la muerte, convierte a quien redacta el texto en amo -forzosamente ilusorio- de una suspensión del tiempo. Nada garantiza, además, que el autor de la necrología previa a la muerte no esté muerto en el momento de la muerte de aquel cuya muerte ha relatado.

La despedida es separación última, el adiós que se enuncia **desde** la vida, como el momento donde se mezclan la muerte vivida, la muerte padecida, la muerte celebrada, la memoria de la muerte. Decir adiós, despedirse, significa que el que se va remite a Dios el alma del que se queda: para **siempre**. Decir adiós es también desaparecer uno mismo, retirarse del mundo donde uno ha vivido para acceder a otro mundo. Pero pronunciar un discurso de despedida, decir adiós al amigo muerto, acaso sea para el sobreviviente remitir a **Dios** el alma del desaparecido para que, más allá de la muerte, viva eternamente la memoria de la amistad. Acaso sea también transformar a **Dios** en un **adiós**, pasar discretamente del reino de Dios al de la muerte de Dios. El a **Dios** supone la existencia de Dios y el **adiós** su borrarla. Y no fue casual que se instalara en el léxico francés la distinción entre **adieu** [adiós] y **au revoir** [hasta la vista] a principios del siglo XIX, después de una revolución que había destruido, mediante un regicidio único en el mundo, el lazo que unía a Dios con la soberanía real. El a **Dios** se borra en beneficio del **adiós**, y nace el **hasta la vista**. Un siglo antes, aún se decía: **adieu, jusqu'au revoir** [adiós, hasta la vista].

Sabía que mi voz temblaría en el momento de hacerlo, y sobre todo de hacerlo en voz alta y pronunciar la palabra adieu aquí, ante él,

tan cerca de él. Esa misma palabra, «à-Dieu», que en cierto sentido me viene de él. Una palabra que él me enseñó a pronunciar de otra manera.

Medito sobre lo que Levinas escribió acerca de la palabra francesa «*adieu*» –algo que evocaré más adelante– y espero encontrar la entereza para hablar aquí. Me gustaría hacerlo con las palabras de un niño, llanas, francesas, palabras desarmadas como mi pena.

¿A quién nos dirigimos en semejante momento? ¿En nombre de quién se permite uno hacerlo? Con frecuencia, aquellos que se atreven a hablar y hablan en público, a interrumpir con ello el murmullo animado, el secreto o el intercambio íntimo que nos une profundamente al amigo o al maestro muerto, aquellos que pueden ser escuchados en el cementerio terminan por dirigirse de manera *directamente, de forma directa*, a la persona que ya no está más, que ya no vive, que ya no está aquí y que no podrá responder. Con la voz entrecortada, se dirigen de tú a tú [*tutoientt*] al otro que guarda silencio; lo invocan sin circunloquios, lo convocan, lo saludan e, incluso, se confían a él. Esta necesidad no emana tan sólo del respeto a las convenciones ni es simplemente una parte de la retórica de nuestra oración. Se trata, más bien, de atravesar con el lenguaje ese punto en el que nos quedamos sin palabras y –debido a que todo lenguaje que vuelve al yo, al nosotros, parece inapropiado– de dirigirse hacia una reflexión que retorne a la comunidad ágoriada por la pena, para su consuelo o su duelo, y hacia lo que se llama en una expresión confusa y terrible el «trabajo del duelo». Cuando se ocupa sólo de sí mismo, ese lenguaje corre el riesgo, en esta inflexión, de alejarse de lo que es aquí nuestra ley –la ley entendida como *rectitud* [*droiture*]: hablar directamente, dirigirse *al* otro, hablar *para* el otro, hablar al que uno ama y admira antes de hablar *de* él–. Decir «*adios*» a él, a Emmanuel, y no tan sólo recordar lo que nos enseñó acerca de un cierto *Adios*.

La palabra *droiture* –»honestidad» o «rectitud»– es otra palabra que empecé a escuchar y aprender de manera distinta cuando la escuché en boca de Levinas. De todos los momentos en los que habla sobre la rectitud, el que primero me viene a la mente es una de sus *Cuatro lecturas talmúdicas*;^[i] ahí la rectitud nombra lo que es, como él dice, «más fuerte que la muerte».

Y abstengámonos de buscar en lo que se dice que es «más fuerte que la muerte» un refugio o una coartada, un consuelo más. Para definir la rectitud, Levinas explica, en su comentario sobre el *Tractate Shabbath*, que la conciencia es la «urgencia de una destinación que lleva al Otro y no un eterno regreso al yo», o también «una inocencia sin ingenuidad, una rectitud sin estupidez, una absoluta rectitud que es también una autocrítica absoluta, que se lee en los ojos del que es el objetivo de mi rectitud y cuya mirada me cuestiona. Es un movimiento hacia el otro que no regresa a su punto de origen en la forma en que regresa una desviación, incapaz como es de trascendencia: un movimiento más allá de la ansiedad y más fuerte que la propia muerte. Esta rectitud se llama *Temimut*, la esencia de Jacob. (QLT, p. 105.)

Meditaciones como ésta pusieron en marcha –como lo hicieron otras meditaciones, aunque cada una de ellas en forma muy particular– los grandes temas que el pensamiento de Levinas nos ha revelado: el de la responsabilidad, en primer lugar, pero la responsabilidad «ilimitada» que excede y precede a mi libertad, el de un «sí incondicional», como lo dice en las Cuatro lecturas talmúdicas, un «sí más antiguo que el de la inocencia espontánea», un sí apegado a esta rectitud que significa «fidelidad original a una alianza indisoluble». (QLT, pp. 106-8; 49-50.) Las palabras finales de esta Lección regresan, por supuesto, a la muerte; lo hacen precisamente para no dejar que la muerte diga la última palabra, o la primera. Nos recuerdan un tema recurrente en lo que fue una paciente meditación acerca de la muerte, que siguió el camino contrario a la tradición filosófica que va de Platón a Heidegger. Antes de decir lo que debe ser el a-Dios, otros textos hablan de la «rectitud que permanece hasta el final en el rostro de mi prójimo» como la «rectitud de una exposición a la muerte, sin defensa alguna» [iii].

No puedo encontrar, ni siquiera desearía tratar de encontrar las palabras precisas que den el justo valor a la *obra* de Emmanuel Levinas. Es tan vasta que sus orillas ya no se pueden ver, y habría que empezar por aprender de él y de *Totalidad e infinito*, por ejemplo, cómo pensar lo que es una «obra» –y lo que es la fecundidad–. Además, no cabe la menor duda, ésta sería una tarea de siglos de lectura. Hoy, más allá de Francia y Europa –observamos día a día

incontables indicios de esto en un número creciente de publicaciones, traducciones, cursos, seminarios, conferencias— las repercusiones de su pensamiento han cambiado el curso de la reflexión filosófica de nuestro tiempo, así como de la reflexión sobre la filosofía: sobre qué es lo que la relaciona con la ética o, según otra idea de la ética, con la responsabilidad, la justicia, el Estado y, por lo demás, con otra idea del orden, una idea que sigue siendo más actual que cualquier innovación, porque precede absolutamente al rostro del Otro.

La no-respuesta: sin duda recordarán que en el notable curso que impartió entre 1975 y 1976 sobre *La muerte y el tiempo*, allí donde define la muerte como la paciencia del tiempo y se entrega a un encuentro enorme, crítico y lleno de nobleza con Platón, Hegel y, particularmente, con Heidegger, Levinas define una y otra vez la muerte —la muerte que «encontramos» ... «en el rostro del Otro»— como la *no respuesta*; dice: «es la sin-respuesta». Y más adelante: «Hay aquí un final que siempre tiene la ambigüedad de una partida sin retorno, de un llegar a su fin, pero también de un escandalo (¿es realmente posible que esté muerto?) de la no-respuesta y de mi responsabilidad»[iii].

La muerte: en primer lugar, no la desaparición ni el no ser ni la nada, sino una cierta experiencia para el sobreviviente de la «sin-respuesta». Tiempo atrás, *Totalidad e infinito* ya había cuestionado la interpretación tradicional «filosófica y religiosa» de la muerte como «el paso a la nada» o «el paso a otra existencia». Identificar la muerte con la nada es lo que le gustaría al asesino, como Caín por ejemplo, que —piensa Levinas— debe haber tenido esa noción de la muerte. Sin embargo, incluso esta nada se presenta como una «suerte de imposibilidad» o, más precisamente, como una interdicción. El rostro del Otro me prohíbe matar; me dice: «no matarás», incluso si esta posibilidad es el supuesto de la prohibición que la hace imposible. Esta pregunta sin respuesta es irreductible, primordial, como la prohibición de matar, más antigua y decisiva que la alternativa de «ser o no ser», que no es ni la primera ni la última pregunta. «Acaso ser o no ser no sea la pregunta por excelencia», dice otro de sus textos. (C, p. 151.)

De todo esto quiero deducir que nuestra tristeza infinita debería alejarse de lo que en el duelo la lleve hacia la nada, es decir, hacia eso que sigue vinculando –así sea de manera potencial– la culpa con el asesinato. Cierto, Levinas habla de la culpa del sobreviviente, pero se trata de una culpa que no tiene falta ni deuda; es, en realidad, una **responsabilidad confiada**, y confiada en un momento de emoción sin paralelo, el momento en que la muerte se revela como la excepción absoluta. Para expresar esta emoción sin precedentes, la que siento aquí y comparto con ustedes, la que nuestro sentimiento de propiedad nos impide exhibir, y para poner en palabras, sin ánimo de confesión o exhibición personal, cómo esta emoción tan singular se relaciona con la responsabilidad que nos es delegada y confiada como un legado, permítanme, una vez más, que sea Levinas el que hable. Aquel cuya voz hoy me gustaría tanto escuchar cuando dice que la «muerte del otro» es la «primera muerte», y que «yo soy responsable del otro en la medida en que es un mortal». Escuchemos el curso de 1975 y 1976:

La muerte de alguien no es, a pesar de lo que parecería ser a primera vista, un hecho en sí (la muerte como un hecho empírico, cuya sola presencia sugeriría su universalidad); no se agota en esa forma. Alguien que se expresa en su desnudez –el rostro– es de hecho alguien en la medida en que me busca, en la medida en que se pone bajo mi responsabilidad: ahora debo contestar por él, ser responsable de él. Cada gesto del Otro es una señal dirigida hacia mí. Para regresar a la clasificación esbozada anteriormente: mostrarse, expresarse, asociarse, **serme confiado**. El otro que se expresa me es confiado a mí (y no existe deuda con respecto al Otro –porque lo que se debe es impagable: nunca estaremos a mano–) [Más adelante se hablará de una «obligación más allá de toda deuda», porque el yo que es lo que es, singular e identifiable, sólo es a través de la imposibilidad de ser sustituido, aun cuando es precisamente ahí donde la «responsabilidad por el Otro», la «responsabilidad del rehén» es una experiencia de sustitución y sacrificio]. El Otro me individualiza en esa responsabilidad que yo tengo de él. La muerte del Otro me afecta en mi identidad como un yo responsable... constituido por una responsabilidad imposible de describir. Es así como soy afectado por la muerte del Otro; ésta es mi relación con su muerte. Es desde ese momento, en mi relación, en mi deferencia hacia

alguien que ya no responde más, una culpa del sobreviviente.
(*MT*, pp. 14-15; cita entre paréntesis, p. 25.)

Y un poco más adelante:

La relación con la muerte en su excepción –y la muerte es, sin importar su significado en relación con el ser y la nada, una excepción– a la vez que confiere a la muerte su profundidad no es una visión, ni siquiera una aspiración (ni una visión del ser como en Platón, ni una aspiración hacia la nada como en Heidegger), una relación meramente emocional, que se mueve con una emoción que no está compuesta de las repercusiones de un conocimiento previo de nuestra sensibilidad y nuestro intelecto. Es una emoción, un movimiento, una inquietud en lo *desconocido*. (*MT*, pp. 18-19.)

Desconocido está subrayado. «Desconocido» no es el límite negativo de alguna forma de conocimiento. Este no-saber es el elemento de amistad u hospitalidad que permite la trascendencia del extraño, la distancia infinita del otro. «Desconocido» es la palabra escogida por Maurice Blanchot para el título de un ensayo, «Conocimiento del desconocido», que dedicó al que había sido, desde el momento de su encuentro en Estrasburgo en 1923, el amigo, la amistad misma del amigo.

Sin duda, para muchos de nosotros, para mí ciertamente, la fidelidad absoluta, la amistad ejemplar de pensamiento, la amistad entre Maurice Blanchot y Emmanuel Levinas fue una gracia, permanece como una bendición de nuestros tiempos y, por más de una razón, como una fortuna, es decir: una bendición para quien tuvo el enorme privilegio de ser amigo de cualquiera de los dos. Para escuchar hoy y aquí a Blanchot hablar para Levinas y con Levinas, como yo tuve la fortuna de hacerlo en su compañía un día de 1968, cito un par de líneas. Después de nombrar lo que nos «cautiva» en el otro y de hablar sobre un cierto «rapto» (palabra utilizada con frecuencia por Levinas para hablar de la muerte), Blanchot nos dice (*L'entretien infini*, pp. 73-74):

No debemos perder la esperanza en la filosofía. En el libro de Emmanuel Levinas [*Totalidad e infinito*] –donde, me parece, la filosofía de nuestro tiempo ha alcanzado, como nunca antes, la elaboración más sobria y que cuestiona de nuevo, como cabría esperarlo, nuestras formas de pensamiento e incluso nuestras dóciles reverencias ante la ontología– se nos invita a hacernos responsables de lo que es, en esencia, la filosofía y aceptar, con toda la intensidad y el rigor infinito que le son posibles, la idea del Otro; es decir, la relación con el otro. Es como si encontráramos una nueva vertiente en la filosofía y un salto que ella y nosotros mismos nos viéramos urgidos a realizar.

Si la relación con el otro presupone una separación infinita, una interrupción ahí donde aparece el rostro, ¿qué sucede en el momento en que esa interrupción surge de la muerte para hacer un vacío todavía más infinito que la separación anterior, una interrupción en el centro de la interrupción misma?, ¿dónde y a quién le sucede? No puedo hablar de esta agobiante interrupción sin recordar, como muchos de ustedes sin duda lo hacen, la ansiedad ante la interrupción que yo pude sentir en Emmanuel Levinas cuando, al teléfono por ejemplo, parecía temer en todo momento que se cortara la comunicación, temer el silencio o la desaparición, la sin-respuesta del otro a quien llamaba y a quien trataba de aferrarse con un «hola, hola» después de cada frase y, en ocasiones, a la mitad incluso de la frase.

¿Qué pasa cuando un gran pensador se sumerge en el silencio, uno a quien conocimos en vida, a quien leímos, releímos y también escuchamos, de quien todavía esperábamos una respuesta, como si dicha respuesta nos ayudara no sólo a pensar de otra manera, sino también a leer lo que pensábamos que ya habíamos leído de él, una respuesta que se reservaba todo y tantas cosas más que creímos haber reconocido con su rúbrica?

Todo lo que ha pasado aquí ha pasado a través de él, gracias a él, y hemos tenido la suerte no sólo de recibirla en vida, de él en vida, como una responsabilidad delegada por los vivos a los vivos, sino también de debérselo mediante una deuda ligera e inocente. Un día, hablando con Levinas sobre sus investigaciones acerca de la

muerte y de lo que le debía a Heidegger en el mismo momento en que se estaba alejando de él, escribió: *[La muerte y el tiempo]* «Se distingue del pensamiento de Heidegger y lo hace a pesar de la deuda que todo pensador contemporáneo tiene con Heidegger –una deuda que con frecuencia nos pesa-» (MT, p. 8). La buena fortuna de nuestra deuda con Levinas es que nosotros podemos, gracias a él, asumirla y afirmarla sin pesar, en la entusiasta inocencia de la admiración. Se trata del orden de este *sí* incondicional del que hablé antes y frente al que se responde «sí». Este pesar, mi pesar, es no habérselo dicho y no habérselo demostrado suficientemente en el curso de los treinta años durante los que, en la reserva del silencio, a través de conversaciones breves y discretas, de escritos que eran demasiado indirectos o cautos, nos dirigíamos con frecuencia entre nosotros lo que yo ni siquiera llamaría preguntas o respuestas, sino tal vez, para usar una más de sus palabras, una suerte de «pregunta, ruego», una pregunta-ruego que, como él dijo, es anterior incluso al diálogo.

Esta misma pregunta-ruego que me encaminó hacia él, acaso compartida en la experiencia del a-Dios, con la que empecé. El saludo del a-Dios no significa el fin. «El a-Dios no es una finalidad», dice Levinas recusando esa «alternativa del ser y la nada», que «no es la última». El a-Dios saluda al otro más allá del ser en «lo que significa más allá del ser la palabra gloria». «El a-Dios no es un proceso del ser; en el llamado soy reenviado al otro hombre a través del cual este llamado tiene significado: al prójimo por el que debo temer» (C, p. 150).

Dije que no quería simplemente recordar lo que él nos confió del a-Dios, sino en primer lugar decirle *adiós*, llamarlo por su nombre, decir su nombre, su primer nombre, de la manera en que se le llama en el momento en el que si ya no responde, es porque él responde en nosotros, desde el fondo de nuestros corazones, en nosotros pero antes que nosotros, en nosotros ante nosotros, -llamándonos, recordarnos: «a-Dios». (9)

Referencias bibliográficas:

[ii] E. Levinas, *Quatre lectures talmudiques*. Se abrevia como *QLT*. Las notas son de P. Brault y M. Naas (Critical Inquiry, Autumn 1996).

[iii] J. Derrida se refiere a «La conscience non-intentionnelle», publicado en *Entre nous: Essais sur le penser-à-l'autre*, p. 149. En lo sucesivo, abreviado como *C*.

[iiii] E. Levinas, *Le mort et le temps*, pp. 10, 13, 41-42. En lo sucesivo, abreviado como *MT*

- (4) Carrillo, Alberto: «Verdad de la obra de arte y sentidos de Gadamer» <http://serbal.pntic.mec.es/AParteRei/gadamer.html>
- (5) Guillarte Sarmiento, Oscar (2007). «Un toque de Ángel» escrito dedicado a su Madre Muerta.
- (6) Diccionario de Filosofía Ferrater Mora http://www.ferratermora.org/ency_concepto_kp_muerte.html
- (7) Semblanza Filosófica. Elena Diez de la Cortina Montemayor. <http://www.cibernous.com/autores/existencialismo/teoria/heidegger.html>
- (8) Laura Tortorella (Traducción de Martín F. Echavarría) Heidegger y el Ser para la Muerte http://www.upra.org/archivio_pdf/233.pdf
- (9) **Adiós a Emmanuel Lévinas Jacques Derrida** Oración fúnebre pronunciada durante el sepelio de Emmanuel Levinas el 28 de diciembre de 1995. Traducción de José Manuel Saavedra e Isabel Correa modificada (Horacio Potel). Edición digital de *Derrida en castellano*. <http://www.jacquesderrida.com.ar/textos/adiieu.htm>

CAPÍTULO

3

EL AMOR Y SUS RELACIONES DEL «MÁS ALLA»

El amor es el sentimiento mágico que envuelve los seres humanos en construcciones físicas, químicas y biológicas que marcan el estado de la felicidad y la no felicidad, envueltos en los aromas más deliciosos que incitan y excitan la piel, la mente y el corazón, de todos aquellos que hemos amado; lenguaje simbólico que transmite emociones, sentimientos y frustraciones que marcan las células, neuronas y órganos de la esencia del ser. Grito sensibilizante que genera la fuerza del amor, en las circunstancias más difíciles e inciertas que inducen los significados y sentidos más fortificantes que tenga ser alguno sobre la Tierra.

El amor es un concepto universal relacionado con la *afinidad* entre seres, definido de diversas formas según las diferentes ideologías y puntos de vista (científico, filosófico, religioso, artístico). Habitualmente se interpreta como un *sentimiento* y con frecuencia el término se asocia con el amor romántico. Para Gottfried Leibniz, «*amar es encontrar en la felicidad de otro tu propia felicidad*». En el terreno religioso presenta fuertes connotaciones espirituales, de forma que trasciende el *sentimiento* y pasa a ser un *estado del alma* o de la *conciencia*, identificado en las religiones como Dios mismo. Robert J. Sternberg cree necesarios para que exista amor tres elementos: *intimidad, pasión y decisión* o *compromiso* y para Erich Fromm, el amor es un *arte*.

Según la concepción del *amor espiritual*, diferente del propio *amor terrenal*:

«El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece; no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta». 1 Corintios 13:4-7

En el Evangelio segùn San Juan, Capítulo 4, 4:8, se dice: *«El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor».*

Amor, delicioso deleite que embriaga nuestros cuerpos, en múltiples sensaciones que estremece el ser, en la copula generatriz de gemidos que golpea nuestra sangre y que bombea el corazón, con la firmeza y la fuerza de un dragón, que pacifica el aliento en el acariciar lento y pausado que encanta y aligera a la vez el espíritu, en el sonar de melodías hechas palabras de amor que subyugan el ímpetu en el clímax de las mil manifestaciones que energizan y trascienden el yo, para llegar a la interrelación perfecta con el otro.

Suspiros, jadeos sincronizados que como aleteos golpean la piel, en el encanto placentero y fascinante del descanso que satura el sudor y calorífica con el color, tan igual a un capullo en gestación, dispuesto a seguir amando; amante y amado logran la satisfacción, hecha carne en la purificación que envuelven las almas en el grito del amor.

Silencio, solo quietud, regocijan las almas que sincronizadas revuelan como aves la consumación como células inquietas transpiran tranquilas sin desesperación ya que la entrega terminó.

Solo queda darle Gracias a Dios comparable a la manifestación interior, solo se escucha la reflexión de la mente que asimila el corazón. Consciente ya de la emoción, parte a superar la ilusión de cuerpos sudorosos que descansan ya, en la permanencia de la noche que nos avisa que ya amaneció.

Amante y amado, regocijo y no regocijo, a tal satisfacción queda solo permanecer quieto ante tanta emoción, entre lo mágico y lo real, que subyace entre los sentimientos de aquellos que aman

en la continuidad de los tiempos y órdenes que consolidan la majestad seducción de la química que busca en sus cuerpos la sexualidad y en su almas la entrega radiante de la verdad.

Amar: Compromiso entre dos, que vitalizan los seres de luz que entretejen sus auras en el celestial beso que une sus labios en el éxtasis apasionado que acaricia y moldea sus rostros en el encuentro y reencuentro que une los latidos del corazón en el lenguaje más vivo y emotivo que cruzan los espacios celestes del Universo.

Si amamos es porque existimos, la simple condición de amar, conlleva a la existencia del ser, que vive para amar desde que se encuentra en el vientre materno, relación madre-hijo, binomio para la exaltación del mundo físico y espiritual, que desencadena las prodigiosas sensaciones que da lugar a la vida, todo y partes que se interrelacionan en un círculo para la sincronización perfecta de la existencia, partes y todo; que se comunican e interrelacionan desde el punto de vista biológico, psicológico y espiritual.

Belleza estética que envuelve la feminidad en el suspiro galopante que rige los patrones de la vida, como hilos invisibles e indivisibles que cruzan los espacios de lo posible e imposible que hace capaz la integración del ser, a través del cordón que da la energía y la vitalidad al nuevo ser. Alimento, sustento, cariño y filiación unen dos seres hechos para amar por la condición divina de la existencia.

El hombre se desarrolla verdaderamente cuando ama. Se han dicho muchas cosas sobre el amor. Según la filosofía, «es la inclinación sexual bajo todas sus formas y en todos sus grados», «apropiación del objeto amado», «amar es necesitar», «el sujeto renuncia a sí mismo en beneficio del objeto amado», «el amante absorbe al ser amado o viceversa, amar es ser amado».

De todos los filósofos, fue Platón quien se ocupó más del amor. Éste asimiló necesidad a pobreza. Todo aquel que necesita ser amado se empobrece. Todo aquel que desea amar, considera el amor como verdadero valor. Rico es aquel que se opone a todo lo que no anda en el amor, la afirmación de lo que él vale. Como dijo Nietzsche, «afirmo

el primer encuentro en su diferencia, quiero su regreso, no su repetición, digo al otro: recomendemos».

En *El Banquete*, Sócrates se pregunta muy acertadamente: «¿Es por su naturaleza el amor de tal clase que sea amor de algo o de nada?, ¿Desea el amor aquello de lo que es amor?, ¿es acaso al poseer lo que desea y ama, cuando desea y ama, o es al no poseerlo?»

Es decir, lo que desea, desea aquello de que está faltó y no lo desea si está provisto de ello. Esto es lo necesario del amor. Alguien siempre imagina que el amor es el amado y no el amante. Por eso parece bello el amor, pues lo amable es lo bello. En cambio el amante es diferente. El amante de las cosas bellas solo desea que lleguen a ser suyas. El verdadero amante es aquel que renuncia a su objeto, a poseerlo. No hay nada bello sino lo verdadero y sólo lo verdadero merece amarse. El amor no se contenta con un sentimiento recíproco. La certidumbre de ser amado no puede consolar de la privación de aquello a que se ama. Siempre en el entrecruzamiento de sus miradas de deseo se anuncia un ser futuro, la creación de un nuevo ser, que son acaso ellos mismos

En este sentido, encontramos los escritos de San Agustín que comienzan planteando la cuestión de cómo el ser humano puede encontrar la felicidad verdadera. Porque no hay ser humano ajeno al deseo de ser feliz. El deseo dice relación con el amor, pues nadie desea lo que no ama. El amor consiste en el deseo de identificarse con el objeto amado. Más no todo tipo de deseo y amor es capaz de hacer feliz a una persona. Sólo un eterno e imperecedero bien nos puede hacer de verdad felices, pues únicamente tal bien excluye todo temor de perder el objeto amado. Solo Dios puede garantizar una felicidad así. El amor nos une con Dios, nuestro eterno, imperecedero bien, y de esta manera nos hace partícipes de la eternidad de Dios. Esto sucede de acuerdo con el principio de que el ser humano viene a convertirse en lo que ama: ama la tierra, es tierra; ama a Dios eterno, y compartirá la eternidad de Dios.

San Agustín indica: «Dios es amor». Revelándose a Sí mismo como bueno y misericordioso, Dios se revela a Sí mismo como amor, esto equivale para nosotros a una interpelación, una exigencia y un

mandato de amar a los seres humanos como Dios los ama. La más elevada forma de amar a los hermanos y hermanas reside en amarlos con el amor de Dios que nos ha sido dado por el Espíritu Santo. De ahí que nuestro amor es una participación del amor de Dios mismo que abarca a cualquier ser humano, incluso nuestro enemigo. Nuestro amor debe reflejar el amor de Dios. Cuando San Agustín habla del amor habla del amor como don divino, que capacita a la voluntad humana con un nuevo deseo, un luchar por la verdad divina, la sabiduría, la paz y la justicia. Amar con dicho amor excluye todo lo pecaminoso, es decir, ansia posesiva o egoísta, orgullo, vanidad, propia alabanza u honor y buscar exclusivamente nuestro propio provecho.

El hecho de ser el amor un don de Dios tiene su aplicación en primer lugar en amar por Dios, porque Él solo puede darse a Sí mismo a nosotros. Él nos ha amado primero. Y claro está, el mismo principio vale para amar al prójimo. El Espíritu Santo nos inflama para amar a nuestro prójimo. Según San Agustín un mero amor natural de unos a otros no basta, porque entonces con facilidad descuidamos a Dios nuestro supremo bien. Amar a los otros como a nosotros mismos significa que él o ella pueden encontrar su bien donde nosotros lo encontramos, es decir en Dios. Sólo a esa luz podemos entender correctamente la famosa sentencia de San Agustín: «Ama y haz lo que quieras, porque de esa raíz sólo puede nacer el bien».

En continuidad de las ideas desglosadas del amor surgen los pensamientos de Scheler, que lleva su pluma a la enunciación del valor hecho ser a través del amor, por tanto su célebre frase: *«La persona es un valor por sí misma»*; esta frase enunciada puede servir para enfrentar el análisis de su concepto de persona como un valor en sí misma y por sí misma, no sólo a nivel individual, sino también social, analizando su exposición descriptiva del sentido de la afirmación unida al amor, siendo éste su valor primordial. En este sentido, el amor preside la vida de la persona, la sostiene y la lleva a su plenitud.

Sería incomprendible el progreso scheleriano del valor, si éste no estuviera previamente emparentado con el amor. Es un gran error encasillar las fuerzas afectivas en los estratos inferiores el hombre.

Pues éstas recubren todos los estratos del ser humano y, por tanto, se podrán distinguir en ellas tantos niveles como estratos deban diferenciarse en el ser humano. A ese fin, procede Scheler a resituar el amor en el lugar que le corresponde en la jerarquía axiológica. «El amor –sostiene él, glosando al Aquinate– es querer el bien, sea para uno mismo, sea para los demás». De ahí que él asocie el amor con el bien. ¿Por qué razón? Primero, porque el bien es la expresión concreta del valor, que es universal. Segundo, debido a que el bien constituye el fin del hombre, que posee el valor de la libertad ante los «bienes concretos», a diferencia del bien universal.

El caso del amor es decisivo en su pensamiento: «Antes que *ens cogitans* o *ens volens*, el hombre es un *ens amans*», escribe Scheler, y algún intérprete ha visto no sin razón en esa frase el núcleo de su concepción del hombre; cabe tomar el amor, pues, como referencia significativa para el conjunto de aquella problemática. Scheler recuerda la idea agustiniana de un orden del amor (*ordo amoris*).

En primer lugar, el amor no es un simple conglomerado de estados afectivos en los que se asocian tendencias o impulsos, pues «cualquier intento de reducir el amor y el odio a un mero complejo de sentimientos y tendencias yerra el blanco». Por el contrario, de lo que se trata es de un fenómeno originario, que no permite ningún tipo de definición mediante la disociación de los elementos que lo componen; por lo tanto, amor y odio son *intuibles*, nunca definibles. En este sentido, conforme a las pautas emanadas del método fenomenológico, sólo cabe una descripción de las cualidades del acto que se hacen presentes en la intuición.

En la descripción del amor que nos legó Scheler se presentan tres aspectos fundamentales: uno, y esencial, es que el amor es un *movimiento*, lo cual se opone a las múltiples concepciones que denominan «amor» a algún estado del sujeto, sea un estado sensible, un estado psíquico o incluso patológico. Este esencial dinamismo hace que el amor no pueda detenerse en un acto de disfrute puramente subjetivo o en un estado de pasiva contemplación; pues ello significaría la muerte del amor. Con ello, Scheler rechaza por

ígual las doctrinas que hacen del amor un estado orgánico y las visiones puramente contemplativas del llamado amor romántico.

En segundo lugar, ese movimiento que es el amor se dirige siempre a un *objeto individual en cuanto portador de valores*. Esto quiere decir que no hay amor a entidades abstractas o ideales; no existe un amor a los valores puros, como tampoco hay en sentido estricto un amor al bien o un amor a la humanidad. Pero el amor no se dirige a realidades individuales en su específica objetividad, sino en tanto que individuos portadores de valores. La función del amor no es y de ninguna manera, crear los valores mismos o idealizar a un individuo atribuyéndole valores ilusorios; **la función del amor es descubridora**, es el acto que desvela los valores que en un individuo permanecen ocultos antes de la mirada del amor; por eso Scheler se opone con fuerza a la idea tan difundida de que el amor es ciego, cuando en realidad se trata de lo contrario: la mirada del amor está enriqueciendo constantemente el mundo de la existencia, y ese progresivo enriquecimiento es tan inagotable como el dinamismo del amor.

En tercer lugar, la dirección del movimiento del amor marcha en su objeto *desde el valor más bajo hacia el valor más alto*. Esto quiere decir que el inagotable objetivo que mantiene en marcha el amor es descubrir los valores más altos que, como portador de valores, puede realizar el objeto amado. Esto nos ilustra sobre la insustituible función humanizadora del amor.

Scheler anuda con el lazo mediático del valor, el amor del hombre a sí mismo con el amor al otro, sin solución de continuidad. El motivo se halla entrañado en la misma dinámica del amor que no diferencia lo propio de lo ajeno, al estar siempre orientado al valor de la persona, a semejanza de la brújula imantada que busca y señala siempre el norte al margen de la posición en que se la sitúe.

Esta exposición del amor contemplado a través de la lente de aumento del valor no significa que el amor precise de algún aditivo para adquirir alguna nueva cualificación, pues no hay nada más grande que el amor, sino que se trata de redescubrir la faceta del amor profundo, que es justamente su carácter valioso. Mérito, por lo demás,

singular de Max Scheler. Él unce el amor al valor, por lo que concierne a la «persona», por una parte, y a la manera de amarle, por otra. De suerte que llega a establecer que si una persona ama a otra, sólo para adquirir nuevos quilates de bondad, ese amor ya está viciado en su raíz, porque ha convertido al otro en un objeto de egocentrismo. En cambio, el amor que se adhiere al valor personal del otro, por sí mismo, está exento de todo atisbo involutivo, recibiendo el calificativo de genuino, en los escritos schelerianos.

La referencia del valor al amor es de carácter intrínseco. No son, pues, dos realidades independientes que configuran una tercera, sino que es el amor de la persona que es un valor por sí misma. Pero en el sentido más profundo del hombre, como «persona total».

Si el amor no es un complejo sintético de sentimientos, dentro de él caben múltiples concreciones con características y exigencias muy diversas. Scheler elabora una compleja clasificación del amor en especies, formas y modos. Es muy instructiva su clasificación de las «formas» del amor porque corresponde adecuadamente a su concepción ordenada del mundo: el amor vital, psíquico y espiritual se corresponden punto por punto con su concepción descriptiva de los estratos del ser humano (cuerpo orgánico, yo y persona) y, al mismo tiempo, con modalidades perfectamente caracterizadas del mundo de los valores (vitales, espirituales y personales) de las que los objetos son portadores.

Pero si el amor se dirige a objetos individuales en tanto que portadores de valores y camina siempre hacia los más altos, esto supone dados los valores mismos y su intrínseca ordenación jerárquica, algo que no nos es aportado por el amor, sino dentro de un acto con alcance intelectivo propio como es la ya aludida percepción afectiva. (10)

En ese dinamismo de afectos que es el paso de la existencia nos encontramos con personas que dirigen todo su atención al eje fundamental del cómo es el amor y de ahí su relación con la pasión inserta en las manifestaciones humanas tal como lo manifiesta Sarabia, Nelson en sus escritos: «No es posible concebir la vida sin la pasión romántica, que es el sentimiento que nos hace sentir parte

del todo, y por medio del cual sentimos y entendemos que somos parte de la vida y la muerte, que tenemos que bailar junto a todo lo que existe, la gran danza macabra, que a pesar de todo nos parece también divina y bendita y, que es nuestra vida la única oportunidad de disfrutarla» . En ese sentir, el cual se comunica y expresa a través de su obra pictórica, a través de sus contrastes, luminosidad, efectos y texturas que nos exhortan a la pasión como camino indiscutible a la realización del ser a través de la vida y de la muerte:



Autor: Nelson Sarabia -Título «**La Pasión**» -Técnica: Acrílico sobre tela- medidas: 2,36 x 1,85 - Año: 2001. Salón Nacional de Arte del Estado Aragua 2001

En esta supremacía del ser a través del amor vuelve a la mente lo indefinible y lo definible con características peculiares que atraviesa la existencia en la búsqueda, quizás de aquello que no está a nuestro alcance pero que se vislumbra en la cercanía de lo objetable y lo inobjetable de una forma inmensurable que adolece los sentidos y privilegia las imágenes de lo irrealizable y realizable solo a través de los sueños como los sentimientos más íntimos del ser que escondidos se deslumbra en la imagen onírica que vive el manifiesto del ser; solo el correr de la noche que nos atrapa con la dulzura espeluznante de situaciones indescriptibles pero reales.

Imágenes oníricas que atraviesan los planos y espacios circundantes con las maravillas espaciales singulares y abiertas al dominio cognoscitivo que esparce como férulas de aliento que se disgregan en el espacio. Túneles abiertos que van al infinitus en la proximidad del inconsciente y del subconsciente, prevaleciendo el sueño, las imágenes, el alma que surge con el dolor en el pecho que paraliza el cuerpo y da lugar al espíritu. Planos astrales que van más allá de lo desconocido en la presencia divina que nos guía y sintoniza con las estrellas, espacios firmes y precisos de extraordinaria belleza comparable solo a la luz brillante de las pupilas de los seres que están hechos para amar.

En este sentido, André Breton (1924) en su Primer Manifiesto Surrealista expresa que: Dentro de los límites en que se produce (o se cree que se produce), el sueño es, según todas las apariencias, continuo, y presenta indicios de organización o estructura. Únicamente la memoria se arroga el derecho de imponerle lagunas, de no tener en cuenta las transiciones, y de ofrecernos antes una serie de sueños que el sueño propiamente dicho. Del mismo modo, únicamente tenemos una representación fragmentaria de las realidades, representación cuya coordinación depende de la voluntad. Aquí es importante señalar que nada puede justificar el proceder a una mayor dislocación de los elementos constitutivos del sueño. Lamento tener que expresarme mediante unas fórmulas que, en principio, excluyen el sueño. ¿Cuando llegará, señores lógicos, la hora de los filósofos durmientes?

Quisiera dormir para entregarme a los durmientes, del mismo modo que me entrego a quienes me leen, con los ojos abiertos, para dejar de imponer, en esta materia, el ritmo consciente de mi pensamiento.

Acaso mi sueño de la última noche sea continuación del sueño de la precedente, y prosiga, la noche siguiente, con un rigor harto plausible. Es muy posible, como suele decirse. Y habida cuenta de que no se ha demostrado en modo alguno que al ocurrir lo dicho la «realidad» que me ocupa subsista en el estado de sueño, que esté oscuramente presente en una zona ajena a la memoria, épor qué razón no he de otorgar al sueño aquello que a veces niego a la realidad, este valor de certidumbre que, en el tiempo en que se produce, no queda sujeto a mi escepticismo? ¿Por qué no espero de los indicios del sueño más de lo que espero de mi grado de conciencia, de día en día más elevado? ¿No cabe acaso emplear también el sueño para resolver los problemas fundamentales de la vida? ¿Estas cuestiones son las mismas tanto en un estado como en el otro, y, en el sueño, tienen ya el carácter de tales cuestiones? ¿Conlleva el sueño menos sanciones que cuanto no sea sueño? Envejezco, y quizás sea el sueño, antes que esta realidad a la que creo ser fiel, y quizás sea la indiferencia con que contemplo el sueño, lo que me hace envejecer.

Vuelvo, una vez más, al estado de vigilia. Estoy obligado a considerarlo como un fenómeno de interferencia. Y no sólo ocurre que el espíritu de muestras, en estas condiciones, de una extraña tendencia a la desorientación (me refiero a los lapsos y malas interpretaciones de todo género, cuyas causas secretas comienza a sernos conocidas), sino que, lo que es más, parece que el espíritu, en su funcionamiento normal, se limite a obedecer sugerencias procedentes de aquella noche profunda de la que yo acabo de extraerle. Por muy bien condicionado que esté, el equilibrio del espíritu es siempre relativo. El espíritu apenas se atreve a expresarse y, caso de que lo haga, se limita a constatar que tal ideal, tal mujer, le hace efecto. Es incapaz de expresar de qué clase de efecto se trata, lo cual únicamente sirve para darnos la medida de su subjetivismo.

Aquella idea, aquella mujer, conturban al espíritu, le inclinan a no ser tan rígido, producen el efecto de aislarle durante un segundo del disolvente en que se encuentra sumergido, de depositarle en el cielo, de convertirle en el bello precipitado que es. Carente de esperanzas de hallar las causas de lo anterior, el espíritu recurre al azar, divinidad más oscura que cualquier otra, a la que atribuye todos sus extravíos. ¿Y quien podrá demostrarle que la luz bajo la que se presenta esa idea que impresiona al espíritu, bajo la que advierte aquello que más ama en los ojos de aquella mujer, no sea precisamente el vínculo que le une al sueño, que le encadena a unos presupuestos básicos que, por su culpa, ha olvidado? ¿Y si no fuera así, de que sería el espíritu capaz? Quisiera entregarle la llave que le permitiera penetrar en estos pasadizos.

El espíritu del hombre que sueña queda plenamente satisfecho con lo que sueña. La angustiante incógnita de la posibilidad deja de formularse. Mata, vuela más deprisa, ama cuanto quieras. Y si mueres, ¿acaso no tienes la certeza de despertar entre los muertos? Déjate llevar, los acontecimientos no toleran que los dieras. Careces de nombre. Todo es de una facilidad preciosa.

Me pregunto qué razón, razón muy superior a la otra, confiere al sueño este aire de naturalidad, y me induce a acoger a la otra, sin reservas en el momento en que escribo. Sin embargo, he de creer el testimonio de vista, de mis oídos; aquel día tan hermoso existió, y aquel animal habló.

La dureza del despertar del hombre, lo súbito de la ruptura del encanto se debe a que se le ha incluido a formarse una débil idea de lo que es la expiación. En el instante en que el sueño sea objeto de un examen metódico o en que, por medios aún desconocidos, lleguemos a tener conciencia del sueño en toda su integridad (y esto implica una disciplina de la memoria que tan sólo se puede lograr en el curso de varias generaciones, en la que comenzaría por registrar ante todos los hechos más destacados), o en que su curva se desarrolle con una regularidad y amplitud hasta el momento desconocidas, cabrá esperar que los misterios que dejen de serlo nos ofrezcan la visión de un gran Misterio. Creo en la futura armonización de estos dos estados, aparentemente tan

contradicторios, que son el sueño y la realidad, en una especie de realidad absoluta, en una sobre realidad o surrealidad, si así se la puede llamar. Esta es la conquista que pretendo, en la certeza de jamás conseguirla, pero demasiado olvidadizo de la perspectiva de la muerte para privarme de anticipar un poco los goces de tal posesión. (11)

De acuerdo con Jorge Andrea de los Santos (1987) el espíritu, en su trayectoria por las diversidades físicas, obedeciendo a las constantes renovaciones como exigencia de la Ley reencarnatoria, busca siempre ampliar el propio acervo psicológico, condición que definirá su grado evolutivo.

El pensamiento en la fase humana por la afirmación del proceso de concientización, no es solamente consecuencia del salto evolutivo dentro de la línea filogenética, es también producto de una especie de «encorvamiento» sobre sí mismo en los campos del psiquismo, de manera que permita una específica elaboración de la fuerte carga de la fase fragmentaria animal. Si en la fase animal superior (antropoides) ya existe una expresiva curiosidad y atención por los objetos exteriores, con alguna elaboración del pensamiento aún fraccionado que no permite el encadenamiento inteligente, en la fase humana, ese «encorvamiento», cuando hace nuevas adquisiciones, permitirá una toma de conciencia interna.

El animal, por su reducido y fraccionado campo de inteligencia, toma conocimiento y «piensa» sobre los objetos, más no sabe que sabe; no tiene discernimiento preciso. En el reino hominal los elementos externos son mayormente evaluados por la conciencia, en virtud del pensamiento creativo y valorado cuando representa un nuevo acontecimiento en el campo espiritual; esto es, una nueva condición íntima, una indescifrable ansiedad interior que se va dilatando y mostrando a través de pensamientos cada vez más organizados, permite mayores percepciones de la vida. Sin embargo, es importante caer en la cuenta que, cuando nos absorben las experiencias del medio sólo almacenamos en la tela consciente un 1% de las influencias sensoriales; lo que olvidamos entrará a hacer parte de la zona espiritual o del inconsciente; eso representa un mecanismo de protección; el exceso de datos que se estanquen en

la zona consciente será tan perjudicial como la ausencia de los mismos. Por eso, es que nuestro almacenamiento profundo se hace en aptitudes y de allí parten nuestros pensamientos.

El bloque del campo espiritual se irá ampliando constantemente por las adquisiciones a través de las experiencias, envolviéndose en características cada vez más positivas e importantes, que con el tiempo se reflejarán, una vez cese del determinismo con la extensión del libre albedrío. Cuanto mayor fuese la carga de experiencias adquiridas, mayor y más expresivo será el vórtice de expansión del psiquismo, expansión que puede muy bien representar irradiación del psiquismo cuyo flujo de sus manifestaciones se reflejará en el mecanismo de la realización.

En la evolución humana no debemos dar tanta importancia al aspecto exterior como lo hacemos al estudiar los animales; en estos, por la presentación y comportamiento llegamos a conclusiones sobre sus condiciones evolutivas. En la especie humana, donde las formas ya adquirieron posiciones más definidas, debemos mirar el avance evolutivo en las expresiones del psiquismo. La psicología actual ya posee su valor científico y en el futuro será la gran ciencia del espíritu que descifrará las ecuaciones del psiquismo que continuamente avanza y se mostrará aún más complejo. En el decir de T de Chardin «La conciencia sube a través de los seres vivos». En el hombre su complejidad es de tal naturaleza que se nos dificulta descifrar su estructura; conocemos solamente algunas de sus manifestaciones y algunos resplandores de sus exteriorizaciones; estamos perplejos frente a su contenido; sabemos también, que no ha llegado a su fin. Seguirá por el infinito sobrellevando las adquisiciones y ampliando sus manifestaciones, cuyas estructuras están lejos de ser evaluadas.

La construcción del psiquismo es continua y constante (hechos experimentados), manifestándose por las creaciones. Está claro que todo eso solo podrá darse por un bloque energético – espiritual (YO individualidad), cargando y organizando las experiencias adquiridas en los diversos cuerpos físicos (personalidades) que va ocupando. Solamente el proceso reencarnatorio podrá explicar este movimiento evolutivo, donde las consecuencias de todos nuestros

actos psíquicos se reflejarán en las experiencias futuras, ampliándolas o corrigiendo las estructuras defectuosas.

El bloque psíquico inmortal – espíritu, en su tráfico evolutivo, sufre las naturales transformaciones y/o mutaciones, cuando ocupa un cuerpo nuevo, por la existencia de factores de herencia física siempre nuevas y variadas. Cuando el campo espiritual envuelve a la materia ovular, en el proceso reencarnatorio, comanda la morfogénesis ampliando, además de la vitalización, algunos de sus acervos obtenidos en el pretérito. A su vez, el nuevo campo material, propicia nuevos contenidos por las experiencias generadas por el potencial genético que porta. Así, el bloque psíquico espiritual, además de ofrecer orden y orientación a los mecanismos físicos, también guarda elementos que cargará, denominados aptitudes. Chardin, percibiendo el valor de las adquisiciones evolutivas, afirmó: «El hombre no progresá sino a través de la lenta elaboración en el transcurso de las edades, de la esencia y la totalidad de un Universo depositado en sí mismo».

Queramos o no, el manantial de carga psíquica que poseemos en nuestra condición de «chispa divina» o centro de la individualidad que el hombre consigo soporta, sólo podrá ser el resultado de una adhesión de millones y millones de años, y para hacerse responsable frente al Cosmos, esa elaboración será individual, por excelencia (rosario reencarnatorio), aunque se puede mostrar, con características colectivas cuando actúa al lado de seres afines.

Como nos dispersamos en razas, con el propósito de adquirir experiencias y fundamentos evolutivos tendemos a la unión para llegar a la afirmación de un biotipo futuro que pueda hacer frente a las exigencias evolutivas del porvenir. La conciencia está prácticamente construida, el intelecto ya alcanzó sus límites; buscamos ahora las expansiones del psiquismo en la superconciencia, donde la intuición será constante y preciso árbitro. (12)

Aunque en las civilizaciones orientales, impregnadas de misticismo, los hombres comunes nunca salieran de este plano inferior de la consideración de la muerte como destrucción pura y simple. La teoría de las *almas viajeras*, de Plotino, que substituyó

en el Neo-Platonismo la teoría de la metempsicosis egípcia, no llegó a popularizarse. Las hipóstasis espirituales que estas almas flanquearan, después de la muerte, parecían fantásticas, oriundas apenas de la teoría platónica de los *Mundos de las Ideas* y del deseo instintivo de sobrevivencia que domina al hombre. Más las pesquisas científicas de la naturaleza humana, particularmente en el campo de los fenómenos paranormales, llegarán a pruebas incontestables de la sobrevivencia del hombre después de la muerte. Esta sobrevivencia implica naturalmente la existencia de planos espirituales (las hipóstasis) en que la vida humana prosigue. El desenvolvimiento de la Física en nuestros días llevó a los científicos al descubrimiento de la antimateria, de las dimensiones múltiples de un Universo que considerábamos apenas tridimensional, a la conquista de los antiátomos y antipartículas atómicas que pueden ser elaboradas en laboratorios, como han sido elaborados. La existencia de las hipóstasis ya no es más una suposición, mas una verdad comprobada. El cuerpo bioplásmico del hombre, como también el de los vegetales y de los animales, fue tecnológicamente comprobado.

Los muertos no pueden ser más, considerados muertos. Lo que murió fue apenas el cuerpo carnal de estas criaturas, que Dios no creó como figuras de *marionetas* para un rápido pasaje por la Tierra. Sería extraño y hasta irónico que, en un Universo en que nada se pierde, que todo se transforma, el hombre fuese la única excepción perecedera, sujeto a desaparecer con su despojos. La mayor conquista de la evolución en la Tierra es el hombre, creado, según el consenso general, en la tradición de los pueblos más adelantados, hecho a imagen y semejanza de Dios. Qué extraña decisión habría llevado al Creador a negar a este ser la inmortalidad que confirió a todas las cosas y a todos los seres, desde los más inferiores y aparentemente inútiles. Habría una Economía en la Naturaleza que sería contrariada por esta medida de excepción. Hoy, la verdad se define, cada vez más comprobada e innegable, a nuestros ojos mortales: El hombre es inmortal. Al morir en la Tierra, se transfiere hacia los planos de materia más sutiles y enrarecidos, en que continuará viviendo con más libertad y mayores posibilidades de realizaciones, ciertamente inconcebibles para quienes quedan en el plano terreno.

El espíritu encarnado, que, luchando en el fondo de un océano de aire pesado, consigue hacer tantas cosas, por qué dejaría de actuar con más interés y visión elevada en un plano en que todo milita a su favor. Se engañan los que piensan en los muertos como muertos. Ellos están más vivos que nosotros, disponen de visión más penetrante que la nuestra, son criaturas más definidas que nosotros, y pueden vernos, visitarnos y comunicarse con nosotros con más facilidad y naturalidad. Será preciso que no nos olvidemos de este punto importante: los hombres son espíritus y los espíritus son nada más que hombres libertos de las órdenes de la materia. Cargamos un fardo, ellos ya lo contrabandearon de sus costillas.

Tendremos que pensar en ellos como criaturas vivas y actuantes, como realmente lo son. Ellos no gustan de nuestras tristezas, más se sienten felices con nuestra alegría. No quieren que pensemos en ellos de manera triste porque esto los entristece. Se encuentran en un mundo en que las vibraciones mentales son fácilmente perceptibles y desean que los ayudemos con pensamientos de confianza y alegría. No tenemos el derecho de perturbarlos con nuestras inquietudes terrenas, en general nacidas de nuestro egoísmo y de nuestro apego. Millones de manifestaciones de entidades superiores, de espíritus conocidos o no, más siempre identificados, ocurren en el mundo continuamente, probando la sobrevivencia activa de los que pasarán para el otro mundo y allá no nos olvidan.

Nuestra muerte es nuestro rescate de la materia. No somos materiales, sino espirituales. Estamos en la materia porque ella es el campo en que fuimos plantados, como las simientes deben germinar, crecer, florecer y fructificar. Cuando cumplimos toda la tarea, tengamos la edad que tuviéramos, la muerte nos viene a buscar para reintegrarnos en la condición espiritual. Basta este hecho, que es incontestable, para demostrarnos que nuestra vida depende de nuestra muerte. Cada pensamiento, cada emoción, cada gesto y cada paso en la vida nos aproximan de la muerte. Y como no sabemos cuál es la extensión del tiempo que nos fue marcado o concedido para prepararnos para la muerte, conviene que iniciemos cuanto antes

nuestra preparación, a través de una educación según el concepto de *existencia*. (13)

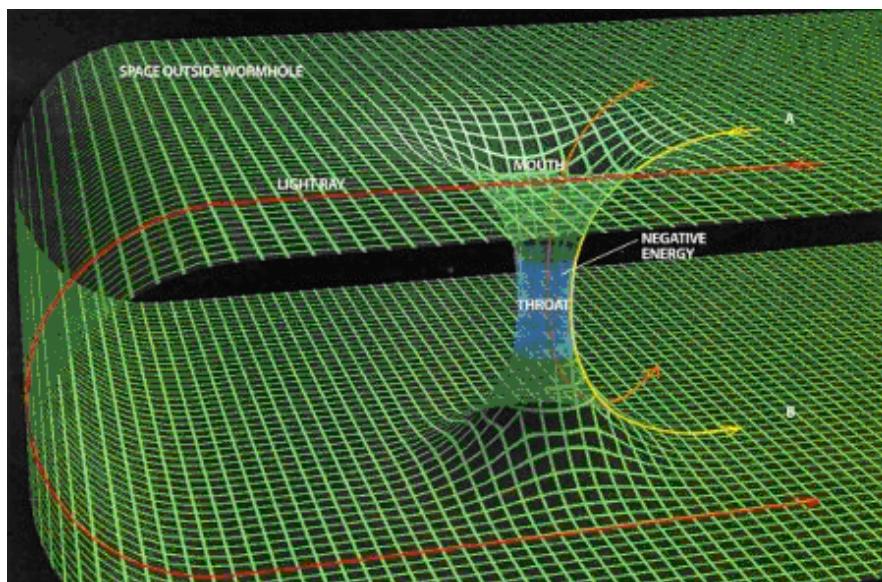
¿Es acaso que el amor puede trascender las fronteras de lo inimaginable y lo real?

¿Es que podemos vencer las fronteras de lo inexplicable y llegar a umbrales desconocidos que permitan acceder a mundos diferentes y paralelos que surgen de las disgregaciones energéticas del cosmo?

¿Podríamos encontrar las puertas que nos abren a mundos desconocidos y paralelos donde el amor puede trascender en todas sus magnitudes y vibraciones hasta alcanzar las frecuencias de las ondas de lo abstracto y lo concreto, de lo inverosímil y lo cierto, lo permanente y no permanente?

Estas interrogantes podrían encontrar explicación a través de los siguientes hechos, que conducen a las realidades físicas y cuánticas interpretadas por expertos que han tratado de descifrar dichas preguntas en mundos desconocidos:

Un físico ruso dice que si los astrónomos buscasen por las señales justas se podrían encontrar puertas a universos paralelos o hacia partes distantes de nuestro propio universo. Se tratarían de los famosos agujeros de gusano, que según la física teórica unen diversas partes de nuestro universo. También se dice que podrían ser el paso hacia universos paralelos. Cualquier cosa que entrase por un lado del agujero saldría instantáneamente por el otro lado, al menos mientras el túnel pudiese mantenerse abierto.



Según el Dr Alexander Shatskiy, del Instituto de Física Levedev en Moscú, los **águjeros de gusano** que dan hacia otros mundos pueden ser reconocidos por la forma inusual en que curvan la luz. El físico cree que los futuros telescopios espaciales podrían descubrir agujeros de gusano en los centros de las galaxias. Los agujeros de gusano son teóricos, no se han descubierto evidencias directas de su existencia. La teoría detrás se basa en que el universo es como un globo, todo lo que vemos está en la superficie del globo, y los agujeros de gusano serían puentes que pasan por la parte interior del globo y vinculan diversas áreas de la superficie.

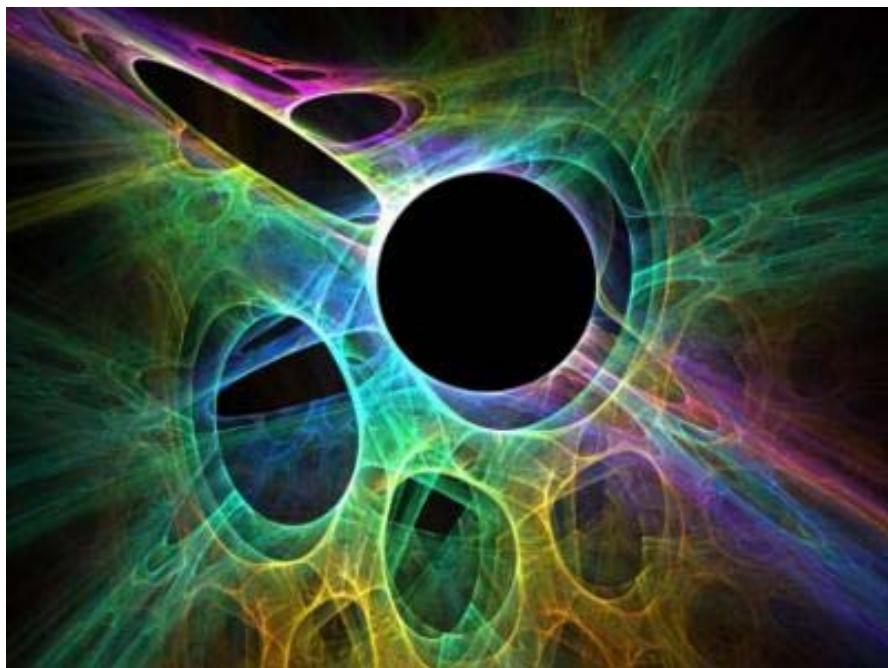
Una hipótesis dice que los **águjeros de gusano** no pueden ser detectados porque están disfrazados de agujeros negros. Pero según Shatskiy hay una forma segura de distinguir el uno del otro. Los agujeros de gusano deberían tener que mantenerse abiertos por un material todavía no identificado con propiedades extrañas. Esta sustancia, conocida como **«materia fantasma»**, podría tener energía negativa y masa negativa, causando así un efecto repelente.

Los cálculos de Shatskiy indican que aparte de «abrir la puerta» la **materia fantasma** desviaría la luz, proveyendo así una firma útil para identificar a un agujero de gusano. Debido a la **materia fantasma**, cualquier luz que emergiese de un **agujero de gusano** se bifurcaría hacia la forma de un anillo brillante. Cualquier estrella detrás de él, brillaría a través del medio del círculo. Esto es pura teoría, sin basamentos probados, sino que se basa en más teoría. O sea que es tan sólo hipotético, no es algo que se haya observado, pero puede ser muy útil a la hora de buscar un **agujero de gusano**. (14)

En continuidad de las ideas, el físico Paul Davies, del King's College de Londres, indica que es factible imaginar un universo que se desdoble continuamente en otros muchos universos que coexistirían paralelamente, trasladando las leyes cuánticas a la cosmología. Una particularidad de estos posibles Mundos Paralelos es que «con nuestro tiempo espacial no podemos alcanzarlos. Ellos son en sí mismos tiempos espaciales completos y no se encuentran a una distancia ni en una dirección determinada».

Desde hace varias décadas, se ha podido verificar teóricamente su realidad a través de cálculos matemáticos (aunque, no ha podido comprobarse experimentalmente). La reciente teoría «de las Supercuerdas» con la que se espera unificar la teoría cuántica con la gravitatoria de Newton, predice un universo de hasta 10 dimensiones.

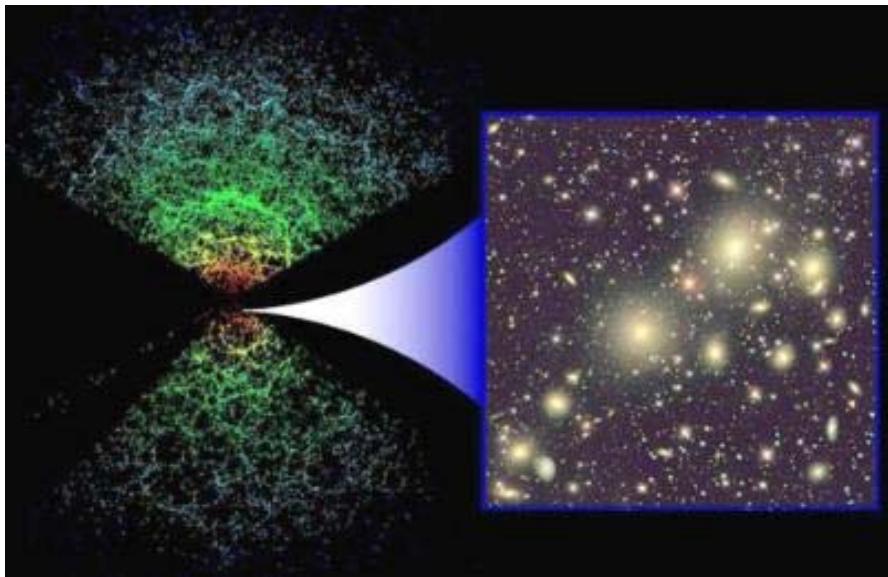
A raíz de la teoría del Espacio Curvo de Einstein surgió la idea de los llamados «Agujeros de Gusano» que, a diferencia de los agujeros negros, serían Puertas o Pasadizos que conectarían no sólo distintos puntos del espacio, sino también diversos Universos entre sí.



Según la Teoría del Orden Implicado, del profesor de Física David Böhm del Birbeck College de Londres, existiría un estrato subyacente donde todas las cosas y acontecimientos están unidos: «La mecánica cuántica y la relatividad han demostrado el fracaso del orden mecanicista y necesitan otro orden, que yo llamo implicado». Y «el verdadero estado de las cosas es una totalidad indivisible». Esto implicaría un universo estructurado como un holograma, es decir, en el que cada una de sus partes contiene al todo.

Según la teoría cabalista por todo el universo habría «Nubes» de Pensamientos, agrupadas por similitud, formando auténticos «mundos o niveles». Como en cada nivel-mundo flotan determinados tipos de pensamientos, propios de ese nivel, formarían una resistente barrera para seres de otros mundos. Serían «nubes» de sustancia semiluminosa, desplazándose lentamente y cambiando sus colores. Nubes vibracionales afines.

En todos los Planos-Mundos sucede el hecho de que lo pasivo se convertiría en médium, o receptor, de lo activo. Lo curioso de las teorías cuánticas actuales, es que hablan y consideran fenómenos y características contempladas por la visión «mágica» más ancestral, o por ciertas corrientes filosóficas, como la cabalística anterior. Esto implicaría un funcionamiento único en el universo, reflejado, materializado a nivel físico y a nivel psíquico, a nivel cósmico y a nivel subatómico. Como diría ese viejo dicho hermético: «lo que está arriba es lo que está abajo».



Por otro lado, esto implicaría la aceptación como «naturales» de todo tipo de fenómeno paranormal, cuya explicación física sería aún desconocida por la ciencia actual. Pero, dentro de lo extraordinario, hay experiencias de contactos o visiones que parecerían responder, por su comportamiento y naturaleza ajena, a otros mundos interconectados con el nuestro por medio de puertas interdimensionales, que se abrirían o cerrarían también por causas desconocidas.

Dichas causas que podrían residir en el interior del ser humano testigo de la experiencia («momento» de su receptividad o sensibilidad, o nivel alterado de conciencia...). O en el exterior, por causas «paralelas» a las humanas, las correspondientes en los supuestos seres de esos otros universos. O bien, como suele suceder siempre, una fusión de ambas cosas. (15)

Momentus, señales y celajes, cruzan las fronteras de lo apreciable y lo indescriptible, consolidando las emociones que internalizan las conciencias que mueven los vivos y los muertos para surcar los acontecimientos que colindan sus fronteras objetivas; son como caminos abiertos, puertas profundas que revuelan por la inmensidad del cosmos dándonos oportunidades para conducir el dolor, la nostalgia y la tristeza de la separación en todas las fuentes de las interioridades de los seres humanos, conducentes a planos paralelos que desvían la materia y antimateria en la concepción del abrazo del amigo, de la madre, del amante, que se alargan, se expanden y se contraen en el infinitus espacius para dar la energía necesaria para las reconciliaciones, momentos de amor, que buscan desesperados la noción del tiempo que paraliza y enmudece sus sensaciones en la purificación perfecta de los seres vivientes y no vivientes que vuelan los espacios con la naturaleza cósmica que vibra a longitudes de onda y esquemas de renovación que encuentran sus vacíos en el interior del alma y como componentes de energía quieren llenar la fijación unánime del cuerpo frío, de los labios fríos y pálidos de la muerte, hacia la configuración y purificación de las almas en el más allá.

Melodías, música y notas recorren los espacius en las determinaciones e indeterminaciones que marca las transiciones y las fronteras rotas por el amor, armonías que buscan encontrarse en el celeste infinitus de las conciencias de los seres hechos para el amor, divágan, giran y entrecruzan minúsculos intersticios, como estrellas recorren el espacio para decirnos que no todo lo que vemos es la realidad; sino que más allá existen las antorchas que vislumbran los nuevos caminos de la esperanza y del amor hacia la creación perfecta del Ser, en el encuentro con el Ser Supremo, el creador, Dios, espíritu vivo que integra la cosmología de los seres hacia sus propios destinos en la música celeste que envuelve las sonrisas,

lagrimas y sentimientos, de todos aquellos que hemos amado y se han ido con la esperanza tierna y cálida del encuentro y reencuentro de las almas que energizan las galaxias, como puntos brillantes que conforman el misterio de lo desconocido que encuentra su plenitud en la firmeza de las mentes y los corazones de quienes aman por y para siempre.

Referencias bibliográficas:

- (10) Valor y amor según Max Scheler. Alberto Febrer Barahona Universidad Pontificia de Salamanca Salamanca – España http://www.scielo.org.ve/scielo.php?pid=S0798-1171200300020003&script=sci_arttext
- (11) Andre Breton. Primer Manifiesto Surrealista. <http://caosmosis.acracia.net/?p=286>
- (12) Jorge Andrea de los Santos (1987) en la Revista Internacional del Espiritismo (R.I.E) Brasil Junio de 1987. Expansiones del Espíritu.
- (13) J. Herculano Pires: «Educación para la Muerte» <http://www.espiritismo.oe/Descargas/libros/Educacionparalamuerte.pdf>
- (14) Espacio Ciencia. Divulgación Científica. <http://espaciociencia.com/fisico-ruso-idea-como-descubrir-agujeros-de-gusano/>
- (15) MITOS Y LEYENDAS MITOS MUNDOS PARALELOS (teorías y especulaciones).-
[por Laura T.] <http://www.twakan.com/numero27/Mitos.htm>

CAPITULO

4

REALIDADES DEL MICROCOOSMO EN LAS FLUENCIAS DEL SER HACIA LA TRASCENDENCIA DEL AMOR

«*Amar a alguien es decirle: tú no morirás jamás.*»

Gabriel Marcel.

«*Quien no es capaz de amar para siempre;
dificilmente puede amar por un día*»

J. Pablo II

El amor envuelve nuestras vidas de una forma que vitaliza el ser en toda su plenitud, dando el vigor necesario para los nuevos encuentros en cualquiera de las formas inherentes en el Universo, sea a través de la mortalidad y de la inmortalidad cuando nos conectamos antes las disposiciones celestes que guardan los planos temporales e intemporales del planeta, el amor va más allá de lo predecible por el ser humano, no tiene límites ni fronteras que puedan con esa energía que sensibiliza al ser que muriendo es que nace a la nueva vida y renace en la dimensión de la trascendencia porque se ama todavía más allá de los confines de la muerte... porque el amor es infinitus, es energía que trasciende y que no sólo puede ocupar los espacios terrestres cartesianos y dispuestos en cuadrantes, sino que ocupa las dimensiones y adimensiones de la bóveda celeste como antorchas de luz dispuestas a generar calor y energía en los confines del más allá.

Quizás el dilema sea explicarlo o dilucidarlo a través de los escritos y artificios necesarios, cómo podríamos encontrar explicaciones y argumentos que pudieran orientar el plano psíquico, de tal forma de comunicarse con el más allá a través de las emociones, sentimientos y actitudes que conforman los distintos planos de evolución del ser humano; es que acaso tendríamos espacios o puertas

que contemplarían las variaciones emotivas del amor en las manifestaciones sublimes del intercambio comunicacional con los otros seres, entonces estaríamos acaso en un problema, o es que no es un problema, es simplemente un Misterio, tal como lo manifiesta Marcel, Gabriel (1964).

El problema es algo que se encuentra, algo que cierra el camino, que está entero delante de nosotros. En cambio, el misterio es algo en el que nos encontramos envueltos o comprometidos. Su esencia no es estar delante de nosotros. A partir de esto se hace una distinción entre el mi y el ante mi, la fe es en mi, y no está ante mí. En sus propias palabras: “un problema es algo que encuentro, que aparece íntegramente ante mí, y que por lo mismo puede asediar y reducir, mientras que el misterio es algo en que yo estoy comprometido, y que, como consecuencia, sólo puede pensarse como una esfera donde la distinción de lo que está en mí, pierde su significado y su valor inicial.

Un misterio no es un problema que está más allá del alcance del conocimiento presente, es realmente una experiencia indudable que escapa a ser objeto público para un sujeto universal. En el misterio se interpreta el sujeto y el objeto, no pueden ser separados, no pueden ser reducidos a conceptos o sujetos de análisis, ni construyéndoles un mundo ideal. (16)

Uno de los misterios más significativos para la Humanidad es la Inmortalidad, para ello traemos los trabajos realizados por Danah Zohar la cual lo enuncia a través de la Inmortalidad Cuántica, la cual está resuelta con la certeza que nos da la física cuántica, de que en el nivel subatómico de las partículas elementales no hay muerte en el sentido de una pérdida definitiva. El vacío cuántico, que es la realidad que subyace a todo lo que es, tiene existencia eterna. En ese vacío, todas las propiedades se mantienen: masa/energía, carga, spin. Nada jamás se pierde, por el proceso de memoria cuántica, en que los patrones de ola creados por experiencias pasadas se funden en el sistema cuántico del cerebro con los patrones de ola creados por la experiencia presente, mi pasado está siempre conmigo. [...] Por medio de la memoria cuántica, el pasado está vivo, abierto y en diálogo con el presente. Como en cualquier verdadero

diálogo, eso significa que el pasado no solo influencia el presente como también que el presente se impone sobre el pasado, dándole nueva vida y significado, por veces transformándolo completamente. (p.103). “Todos los sistemas cuánticos del Universo, incluso nosotros mismos, están entrelazados (correlacionados y enmarañados) en alguna medida. Mismo el vacío cuántico está colmado de correlaciones. Tal entrelazamiento básico es la esencia de la realidad cuántica. (p. 118). Se hace necesario entonces, una psicología de la persona, fundamentada en la naturaleza cuántica del ser y que enfatice todos esas relaciones. (17)

Asimismo, la autora anteriormente mencionada indica en su libro: El Yo cuántico que: “Deberíamos empezar por observar que no puede ser cuestión de dar por hecho la cesación absoluta de la conciencia, ni la cesación absoluta de un ser amado como una posibilidad” (p.136). En este contexto, cita a Marcel, G:

Este pensaba únicamente en relaciones permanentes con los muertos, incluso en diálogos con los muertos, ambos hechos posibles como consecuencia de la intimidad entre el amante y la amada mientras ambos estaban vivos. Mientras una persona con quien nos relacionamos esté viva, argüía, llegamos a estar tan adentro de ella que sabemos lo que hubiera dicho y lo que hubiera pensado en determinadas circunstancias y, de este modo, podemos relacionarnos con ella como una presencia viva ahora, no nada más como un recuerdo(p.136)

En este sentido, surge un nivel de interrelación entre los vivos y los muertos que han sido amante y amado, y otros sentidos y formas de amar donde se trasciende y que Gabriel Marcel llamó “fidelidad creadora”, la que es capaz de inventar y renovar cada día su amor. Es fecunda, ingeniosa y creativa porque es capaz de actualizarse diaria y libremente y sabe luchar contra los sentimientos inconsistentes, la incoherencia en nuestras acciones, la dispersión interior y la esclerosis de los hábitos. La fidelidad es el único modo de triunfar eficazmente sobre el tiempo y “ésta fidelidad eficaz puede y debe ser una fidelidad creadora”

Un nivel de sensibilidad como el de Marcel nos permite explicar las relaciones entre los vivos y los muertos así como permite una frecuencia de diálogo o entendimiento que rehúsa dejarlos ir, para conservarlos y ser fieles hasta el más allá. Por otra parte, Marcel dice respecto de la liga con el pasado de los otros: “Debo pensar en mi mismo no meramente como alguien arrojado al mundo en cierto momento del tiempo que pueda localizarse históricamente, sino como alguien tan ligado a aquellos que se han ido antes que yo, que no puede tomarse como un mero eslabón de causa y efecto”. Correlacionando las ideas, Zohar, Danah indica que:

Entendida en términos de la memoria cuántica, esta liga con que aquellos que se han ido antes, con los muertos, igual que la liga con los pasados de aquellas personas vivas a quienes amo, no es un nexo de mera memoria. No es que yo recuerde, sino que yo soy (en parte), ellos. A través de mí, debido al hecho que aspectos de su ser se hallan tejidos dentro del mío, están reencarnados, absorbidos en mi vida para vivir como yo vivo.

Considerando otros aspectos pertinentes, se extrae que entre las comunidades de origen maya, la muerte tiene significados especiales: Existe una relación permanente entre vivos y muertos, estos últimos nunca pierden relación con “su gente”, y los sobrevivientes conmemoran mediante ritos especiales a los muertos; diálogos mediante sueños mantienen comunicación entre unos y otros, los muertos solicitan favores, los vivos ofrecen rituales, los antepasados cuidan de las comunidades, les prestan protección. Por eso en muchos casos, las exhumaciones eran recibidas como respuesta al reclamo de los muertos por tener un lugar digno donde “descansar”, un “cementerio” legal. Alguna fosa fue localizada a partir del testimonio de haber visto a los muertos recorrer un paraje específico, sin objeción todo mundo reclama el poder ponerlos en un lugar en donde poder visitarlos sin reservas y abiertamente, para poder hacer todo tipo de ceremonia.

En continuidad con los aspectos mencionados se traen las vivencias narradas por los propios protagonistas y actores, los cuales

describen y sienten los hallazgos más importantes relacionados con la presencia de sus seres queridos desde el más allá, las formas vinculantes en sus relaciones así como lo incomprensible y comprensible de esos estilos de comunicación presentes a través del mundo de los sueños y de las realidades que viven los seres humanos y los espíritus en diferentes planos de entendimiento:

HILOS DE LAS CIRCUNSTANCIAS QUE ENTRETEJE LA SEPARACIÓN Y LA ANGUSTIA, ANTES Y DESPUÉS DE LA MUERTE ENTRE UN PADRE Y UN HIJO, PARA TRASCENDER EN EL AMOR.

Todo giraba en torno de las trompetas y los gritos que enuncian la presencia del enemigo en la tierra de los poderosos y acaudalados habitantes de Omeniusk, el temblor de las bombas detonantes en los edificios y casas marcaba el estruendo del horror y el aire momificaba las miradas desconcertadas de los pobladores ante la presencia de las tropas de Hitler.

Todos gritaban en las calles: ¡Ocupación! ¡Ocupación! ¡Ocupación nazi!, resguardense, y corran por sus vidas, los soldados marchaban por las calles con sus uniformes indicando el sometimiento y la estrangulación de los pobladores por el ejército nazi.

Los soldados llegaban a las casas buscando a las mujeres, ansiosos de lujuria y sexo, indicando: ¡Hay que someter a las mujeres, el que la encuentre primero ... es mía. ¡Yo seré el primero en poseerla! - decían y gritaban los soldados enardecidos.

Estos se regocijaban ante el encuentro: ¡Gritaban enfiercidos, ante la lujuria y el vandalismo de la operación! Y se satisfacían: - Todos a la vez.

Es el rugir de los pasos agigantados de los miles de hombres que entran a la ciudad, es vivir la frialdad, el horror y la compasión de seres que solo esperan la muerte... Unos gritaban y otros

estupefactos por la presencia: desencarnaban sus cuerpos en el sentir de los disparos y bombas que movilizaba el enemigo.

Un hombre en la plaza gritaba:

¡Aleksey, ¿ dónde estas? ¿Qué te has hecho? Dime, dime,

.....

En ese instante, surgió un joven despavorido, tratando de reivindicar la marcha..., Soy yo, soy Aleksey ... Somos prisioneros. Momentos sangrientos, la gente gritaba y se formaban las filas que decidían las circunstancias más inhumanas, pasaban por las torturas y acciones más horribles que pueda soportar el ser humano. Los campos de concentración se construían para el terror, la muerte y la soledad. Todos dependían de un número y una serie que los llevaba a la confrontación de la extinción de una raza odiada y amparada solo por Dios.

Después de varios meses en cautiverio, vino la liberación, la guerra había terminado, todo era zozobra, hambre y desolación, quedaba una esperanza: ¡América! Aleksey decidió viajar a los Estados Unidos de América; tomó el vapor rumbo a lo desconocido, a la tierra nueva donde podían emerger oportunidades de trabajo y de vida.

Pasado un tiempo, quiso probar suerte en Venezuela, y se residenció en Caracas donde se casó y tuvo dos hijos a los que llamó: Stanislav y Aliona.

Pasado los años Stanislav creció y recordaba:

- ¡Oh, sí, sí...! ¡Claro que sí!
- ¡Yo ...pues, yo fui un niño que tuve una niñez muy feliz!

Surgía en su mente el recuerdo de cuándo era niño y se decía:

De verdad, qué mis padres, los dos estaban siempre como muy pendientes, de cuidarnos... de que no tuviéramos ningún tipo

de... de..., consérvanos, ieh i iah i Alejados de cualquier tipo de..., de..., de enredos, de mancha del mundo exterior y fueron como:

- Muy, muy -eh iinsistente en eso

Recuerdo yo que mi papá en alguna oportunidad le llamó la atención a sus amigos, porque estaban usando malas palabras dentro de la casa y él les decía:

- ¡Hay niños en la casa y,
- Hay que cambiar el vocabulario porque los niños están escuchando...

Nunca, por ejemplo, yo recuerdo que me permitió tomar licor porque eso era cuando fuera adulto y fue así... una niñez muy, muy, tranquila, donde yo me sentí de verdad querido, yo me sentí querido.... - Replicaba Stanislav.

Y su amigo, le preguntaba:

Stanislav, ¿Cómo fue la relación con tu padre?

Bueno - pues mira, ósea.... ¡No era como que dijéramos como hoy en día se ve, la relación de un padre con un hijo! Pero.... ¡Era una relación armónica!

No es que yo te voy a decir que me iba a agarrar a besos...ni nada de eso, pero supone que era otro hombre, dentro de todo eso se notaba que había un verdadero afecto.

Por ejemplo, cuando tu veías que te traía unos regalos, que estaba pendiente de que vamos a salir... Me acuerdo yo una vez que me dijo:

¿Vamos a un parque, vamos a ese parque?, y me dijo que íbamos a ir a ese parque...salen animales, pero era un papá que yo lo quería mucho....

Pues mira, cuando yo pase a mi tardía adolescencia, se fue como avinagrando la relación con mi papá, con mi mamá, permaneció siempre igual de afable pero, en cambio con mi papá se fue avinagrando.

Yo sentí en algún momento que de repente mi Papá sintió que yo, como que era una competencia, la competencia masculina dentro del ámbito familiar y entonces él se puso como muy hostil, se fue poniendo más hostil y según fue pasando el tiempo ya se fue tornando más vinagre y entonces eso fue causando...

Como un distanciamiento, un distanciamiento ya, ya, ya, nos hizo hasta llegar a un distanciamiento abismal, porque llegó un momento en mi vida en que yo perdí completamente el contacto con él.

El amigo, le replica: ¿Recuerdas ese último contacto?

El último contacto que tuve con él fue, después de cinco años que no nos dirigíamos la palabra, yo pensé que eso no era bueno, entonces yo pensé que yo debería hacer tratar de hacer las pases con él y que yo debería tratar de entablar, de hacer un diálogo, algo así y me dirige a él con ese ánimo, pero entonces me consigo con ese cúmulo de ira reprimida de su parte, que de verdad que yo no lograba entender al momento.

Y hoy que tengo otra edad y pues veo como las cosas con otra perspectiva, me di cuenta que era celos de... de celos salvaje del macho que siente la competencia del otro macho en su territorio, entonces pues siempre en la casa se consideraba que el era el jefe, él era que tomaba las decisiones, era él que mandaba y se hacía lo que el decía, entonces el que no estaba de acuerdo con eso, estaba en contra.

Me acuerdo un día, que mi mamá me llamó y me dijo: - Tú papa quiere quitarme mis propiedades y tienes que ayudarme... Con eso basta, para buscarlo y exigirle cuentas del atropello en contra de mi madre... Le exigí mayor consideración y él respondió: Con amenazas... De pronto, lo agarre, y comenzamos a pelear, lo tomé fuerte con mi puño hasta que me canse... de darle, mi ira se acrecentó y no pude contener... hasta que vino alguien y nos separó.

¿Cómo te sentiste, después de ese tropiezo? – indicó el amigo

Después de aquella conversación tan desafortunada, siguió esta dieta de silencio por diez años largos más, hasta que un día bueno a mí... me enteré..., me llamaron a mi casa me avisaron que mi papá había muerto, para mí fue un shock.

¡Yo sentía de alguna manera como que me caía un rayo en la cabeza!, cuando me dieron la noticia y a la vez, fue un shock, pero por otro lado, yo sentí como un alivio y me sentí a salvo nuevamente, porque de alguna manera yo me había sentido perseguido por la mirada vigilante e inquisitiva de mi padre que me seguía en todos los pasos de mi vida, a pesar de tener la distancia que teníamos.

Por un lado, fue muy chocante... yo no te puedo decir... que me puse a llorar yo no tuve llanto... yo no tuve ninguna tristeza. Yo te puedo decir que sentí un alivio porque ya no tenía el depredador detrás de mí.

Yo debo confesar que yo le tomé como una animadversión a todo lo que significaba mi Papá, entonces esto era, una mezcla de rabia con disgusto, con ganas de no saber nada de él, con ganas de no tener información ni contacto con él, era como una repulsión totalmente y después del tiempo de que el murió, yo en mi conciencia me cuestionaba si esa era una acción correcta o un procedimiento de verdad que adecuado y noble de mi parte, seguir con eso odio, con esa rabia y ese disgusto.....

Hasta que un día yo siento que Dios me ilumino y yo siento que yo debo terminar con ese sentimiento porque no es bueno, no es bueno, entonces yo le pido a Dios que me ayude a quitarme ese disgusto tan grande, tan hondo que yo sentía en mi alma, y aún con la duda de que Dios no me fuera ayudar en eso, ingenuo yo, pues Dios hace todo lo posible, este, pues si Dios me hizo ese milagro aún sin yo creerlo yo se lo pedí a Dios y yo estaba convencido de que Dios no podía hacer nada por mí, pero si. Y Dios si hizo algo por mí, yo comencé a sentir que eso se fue desvaneciendo, desvaneciendo y desvaneciendo hasta que ya yo me sentí liberado de esa sensación, de esa animadversión, de esa rabia, de ese disgusto, de ese ánimo de que no quería saber nada de él, de esa rabia, quede como en una neutralidad.

A pesar de haber asistido a su entierro, a pesar de haber..., bueno cumplido como con las leyes morales que le tocaría a un hijo de acompañar a su padre al cementerio, a todas las cosas que se estila, no, yo nunca, yo nunca sentí presencia de él, nunca yo sentí absolutamente nada, simplemente me dio la impresión, que pasó y que se lo llevó el viento ya.

Después que yo ya logré liberar de ese sentimiento negativo simplemente yo me quede en una neutralidad..., ya no tenía más rabia, ya no tenía más odio, ya no tenía disgusto, sencillamente quedé en la neutralidad, yo ya no pensé en eso, cambié la manera de referirme a mi padre, cuando me refería a él por alguna cosa, ya lo llamaba por su nombre, era una neutralidad total.

Después de aproximadamente unos once años de su muerte, tuve un sueño con él, tuve una experiencia muy extraña, en donde recuerdo yo bien porque nunca me olvido de eso: un enero desperté yo, con una cosa que había soñado recientemente y fue lo siguiente: Una voz a mi me dijo que el veintisiete se celebraba la fiesta de la Virgen del Cuadro del Perpetuo Socorro, yo me desperté desconcertado sin saber que podía significar eso y recurrí a un almanaque católico que tenía para ver si coincidía la fecha que me estaban dando, en efecto, me puse a chequear y fui así recorriendo los meses de enero, febrero, marzo, abril y que descubro que el 27 de junio es precisamente la fiesta del Cuadro de la Virgen del Perpetuo Socorro, me sorprendí mucho que ese día se celebraba la fiesta de esa advocación de la Virgen María.

Pasaron tres meses, ya en el tardío abril, un día, una noche, me sueño con mi Papá por primera vez en tantos años y esa noche él se dirigió a mí con toda amabilidad, con toda tranquilidad, en paz y sosiego y me dijo:

“Que el querría que nosotros nos amistáramos, después que yo había experimentado esa tranquilidad interna por ese fastidio, perfectamente le contesté que si porque en vida había este rechazo y esta hostilidad hacia mi, me recuerdo muy bien que yo nunca te hice daño porque yo nunca te he molestado ni fastidiado ni nada

eso entonces porque tu tenías que ser tan hostil conmigo” ¿Por qué ? simplemente contestó:

- Yo no lo sé., yo tampoco pero yo lo que quiero que hágamos la pases, que seamos amigos, que ya nos olvidemos de todo, a lo que yo conteste: Que estaba perfectamente de acuerdo, dicho esto nos abrazamos en el sueño y sentí la magnificencia del amor hacia mi padre que volvía a mi como si fuera un niño... , este sueño se disipó y yo desperté a la mañana siguiente con un verdadero sentimiento de Felicidad que estremece mi ser, una felicidad tan grande..Una felicidad grandiosa..., era reconciliarme con mi Papá y las lágrimas fluían de mi alma.

Después sentí también que eso no era simplemente un sueño, que había sido realmente una revelación, una vivencia de verdad, porque fue todo tan real.

¿Después que pasó?

Acto seguido comenté en mi casa el sueño y como somos y pertenecemos a la religión católica, siempre se acostumbra en la religión católica, honrar a los difuntos con una misa para que le sirva allá en el plano donde están, para la elevación de su espíritu, bueno eso fue lo que me sugirieron perfectamente en la casa y entonces porque no lo hacía ya en la proximidad de mayo que era que se cumplía su aniversario de muerte que era para el 28 de mayo, entonces yo dije que no, precisamente que no porque en el sueño él estaba vivo porque en el sueño no estaba como muerto, y yo preferiría que fuera en otra fecha, preferiblemente que fuera en la fecha de su cumpleaños, pero entonces como pasa con aquellas personas que nos distanciamos tanto, que yo me había olvidado de cual era la fecha de su cumpleaños y traté de recordar y traté de recordar, cuando me asombra en mi mente algo como un relámpago... Y me sorprendí que la fecha de cumpleaños de mi Papá era precisamente el 27 de junio, la fecha que yo había soñado meses antes, donde se me avisaba que era la fecha de la Virgen del Cuadro del Perfecto Socorro.

¿Qué pasó en tí, después de ese día?

Después de ese día, siento y sigo sintiendo que los sentimientos hacia mi Papá son diferentes, porque he comprendido de pronto que todas sus reacciones, todas sus actitudes obedecían a patrones que no sabíamos de donde salieron ni quien se los enseñó ni cual fue su niñez y entonces eso me ha dado que cuando recuerdo a mi Papá, en parte, un sentimiento de compasión, de ver tantas cosas que atravesó, que ha padecido en la segunda guerra mundial, que tuvo un padre tan severo, que cuando le iba a pegar, le mandaba a cortar el propio palo con que lo iba a pelar y que si ese palito se rompía, la paliza era doble, entonces después de esta experiencia estoy más abierto a la comprensión, hacia esa actitud que pudo tener él y en algún momento puedo justificar esa hostilidad de él, ya perdí todo ese ánimo crítico y condenatorio que yo mantenía en tiempo anterior, para dar lugar a la comprensión, al entendimiento, a la compasión, a la aceptación.. Sencillamente ya veo a mi papá, aún en el plano donde está, lo veo simplemente como a un amigo.

Estas vivencias de Stanislav, clarifican la intencionalidad de la búsqueda permanente del amor, donde la expresión humana nos lleva por caminos a veces pedrosos donde la imagen de un padre bloquea la relación amistosa con su hijo, cada uno en su posición, sin el impulso necesario para la reconciliación en el plano físico, vuelven sus miradas y sus rostros después de la muerte y en el incesante permanente del ser, vuelcan el amor y la ternura ante un abrazo que sella para siempre las diferencias y la frialdad de tantos años, de tantos años de vida que solo es posible la reconciliación después de la muerte.

Posterior a las palabras y sentimientos que fluyen en esta historia donde las circunstancias y vivencias de Stanislav, nos remontan a la segunda guerra mundial, queremos expresar la conmoción que se siente y por ello nos referimos a los escritos de Sarabia, Nelson donde indica que: «El flagelo de la guerra me ha hecho inspirarme en los estallidos de las bombas sobre los mesones con bodegones imaginarios, de los inocentes habitantes de los pueblos que no eligieron la guerra como modus vivendi, pero sin embargo se

ven atrapados mientras observan sus casas, sus víveres, sus floreros, su poca comida junto con sus hijos estallar y volar por los aires» , lo cual se visualiza a través de su obra pictórica :



Autor: Nelson Sarabia - Título: «Bodegón Estallando» – Técnica: Óleo sobre tela – Medidas 195 X 130 cm – Año 2004 Exposición individual «A través de la Ventana», Museo de Arte Contemporáneo de Maracay MACMA .

Bajo esta perspectiva, se reseña otra historia que trasciende por su emotividad donde dos seres se separan en un trágico suceso:

DESTELLOS DE LUZ QUE ANUNCIAN EL AMOR MÁS ALLA DE LO INEXPLICABLE DESPUES DE LA MUERTE

Paso del tiempo que marca las huellas del pasado envolviendo el presente con la firmeza y la fuerza que arraiga la voluntad hacia lo desconocido que genera los cambios del pensar y de los sentimientos que están inmersos en lo más profundo del alma.

Son segundos apenas para descubrir que la persona que amas y que seguirás amando está fuera de tu mundo físico: ¿Cómo quizás puedes vivir cuando el pecho se estremece de dolor? Y estas vacío completamente, no eres tú, sólo ocupas un espacio.

La noche estaba fría y silenciosa, marchábamos juntos en el carro, por la autopista principal, a una velocidad normal sin esperar que a pocos kilómetros se iba a presentar un desvío, que indicaba que la vía había sido bloqueada.

Frena, gritaba, despavorido, frena... Frena nos vamos a estrellar... Al despertar como de un sueño profundo yacía y su mirada perdida indicaba que ya no estaba conmigo... Se había ido y sus ojos revelaban el Adiós. Mi mente no podía entender lo sucedido, es que como si estuviera en el aire, no podía llorar ni gritar... solo estaba conmocionado.

Mi mente decía: ¡No puedo creerlo! No esto, no puede estar pasando a mi....

La Tristeza invadió mi ser y el desconcierto ante la situación que vivía, ante el hecho que cambiaría mi vida y que sólo por milagro de Dios, existía. No podía gritar no podía desahogarme, era un dolor inmenso.... Era una tristeza, que duro por varios años... como si vagaras ante la realidad y ante las circunstancias con el entretejer de la vida, ni siquiera los momentos más significativos podían arrancarte una sonrisa...

No podía responder, estaba mudo... Trate de pedir ayuda, de rogar a los carros que pasaban en la vía para que nos auxiliaran, nadie se paraba... no existían movimientos ni el más leve en su cuerpo...

Hasta que llegó la guardia, pararon a una camioneta, y lo obligaron a trasladarnos al hospital, colocaron su cuerpo en la parte trasera, inerte, inmóvil, quieto y frío.

Yo desolado, angustiado y triste, tenía que aceptar que había muerto. Pasaron los meses y todavía conmocionado... Comencé a

rehacer mi vida, todavía recuerdo su mirada alegre, entusiasta para arreglar la casa, colocar las flores y energizar el ambiente de luz y color.

Ya han pasado diecinueve años y todavía existe el recuerdo más hermoso. Ante los momentos cruciales y determinantes siempre está presente, porque es el Amor.... Porque a pesar del tiempo, nadie ha ocupado su espacio ni su tiempo... Es la ternura de la lejanía y la cercanía a la vez, que me dice:

Es el Amor... En la forma de energía que se encuentre, esta conmigo... y quizás pueda hablarse de Pasión... porque energiza los momentos más sublimes... es la comunión con lo desconocido, es la realidad del ser que no se separa con la muerte, es como el paralelismo en las vidas de los seres humanos que ya no están con nosotros... pero que sentimos su presencia.... Son caminos abiertos a lo inexplicable, pero que forma parte de lo real y hasta significativo que se tiene de la existencia...

En este contexto, Sarabia Nelson interpreta que. «La pasión no se limita al paisaje que solo vemos con el ojo, indudablemente que en el infinito espacio micro cósmico, en cualquier partícula de polvo, se experimenta todo un mundo del más variado dinamismo del nano espacio. Somos parte del macro espacio y a la vez somos el micro espacio mismo. Estamos conformados de nano selvas de infinitud de diminutos caminos que también conducen al infinito, donde se gestan inimaginables formas vivientes, movidos todos por grandes fuerzas pasionales cargadas del más puro, natural y bruto romanticismo, vital para la vida de todo cuanto existe, hasta los espacios cuánticos de choques de luz, donde se produce el mágico, romántico y pasional encuentro de materia y antimateria, cuya fuerza explosiva de luz le da vida eternamente al inexplicable todo». Tal como se visualiza en sus trabajos plásticos:



Autor: Nelson Sarabia - Título: «Nanoselvático» - Técnica: Óleo sobre tela - Medidas: 2,32 X 1,85 cm - Año: 2005 Exposición individual «A través de la Ventana», Museo de Arte Contemporáneo de Maracay MACMA 2005



Autor: Nelson Sarabia - Título: «Nanoselvático» - Técnica: Óleo sobre tela - Medidas 1,95 X 1,86 - Año: 2006 Salón nacional de Arte del Estado Aragua 2006

Una vez, que hemos pasado, por todas estas vivencias que confirman la permanencia del amor en todos los actos del ser humano, sean físicos y no físicos, nos dirigimos a la interpretación de las palabras de Rojas, José Luís sobre la Ilusión de la Muerte:

Al escuchar hablar de muerte en nuestro tiempo y en cualquier tiempo sentiría miedo al pronunciar sus seis letras, así como pensar sobre el final de algo, en vez de asumirlo como una transformación en movimiento constante, buscando pasar de un plano de vida a otro plano de vida; pero quien me dice, que a donde va nuestra energía de pensamientos no es el inicio de otra vida y que allá se podría considerar un nacimiento, pues en este plano la considero la inmovilidad en la vida física y la marcha al más allá, pero ese más allá, que se desconoce desde lo físico, puede ser la transformación o instauración de esa energía, que con sus experiencias cumplidas aquí y conocimientos recogidos y guardados en su mente supraconsciente permanecerán nutriendose en un ciclo de naturaleza diferente. Pero si asociamos ese más allá con un punto en cualquier parte del universo, podría pensar que la muerte es hermana gemela de la vida y que por ende la creación impone necesariamente su opuesto, la destrucción. De la misma manera que el espíritu desciende al interior de la materia, tiene que volver de nuevo a su fuente. La Muerte es la mitad del principio transformador universal. Pero el espíritu es inmortal; por tanto, la humanidad jamás puede morir, porque el destructor se ha convertido en creador, por lo cual siempre estará dando vida a la misma. Y en este punto de mi sentir puedo decir que bella es la muerte en transformación y que gran mentira o falacia es la muerte a la que me enseñaron a temerle, o Dios que bella fue tu muerte.

De esa enseñanza tradicional de la muerte con temor, recuerdo que siempre escuchamos decir: **Cualquier cosa que nazca esta destinada a morir**, por eso cuando alguien cambia de plano, sus familiares y seres queridos sienten mucho dolor y quisieran que ese momento no llegara nunca a sus vidas y olvidan lo que tanto han escuchado. Pero como superar ese dolor?

En esta respuesta me aferro a las enseñanzas de Buda, del no apego, para adentrarme en lo que nunca muere, como el arte de

la meditación, para que pueda ir a la tierra, al espacio de la inmortalidad, donde no se conocen el nacimiento y la muerte. Pero para el hombre común de pensamiento que nunca medita le puedo decir que la asuma como una **bendición disfrazada**. Y de nuevo me suena en mi mente otra frase, **no hay mal que por bien no venga**, porque en el mundo de la comodidad y el facilismo todo lo que es vida es alegría, y por conformistas no damos nada más, pero al enfrentar el vacío de lo que ya no esta, o de la comodidad a la búsqueda, donde hay una transformación del ser por encontrar algo que llene ese vacío o simplemente llámémosle, un nuevo nacimiento de las formas que conllevan a otras formas de vida, y que por olvidarlas debo recordarles que no somos nuevos aquí, hemos nacido y hemos muerto muchas, muchas veces, pero cuál muerte cuando en las transformaciones y los cambios sólo debe haber gozos.

Esta risa y alegría que me invade no es casualidad es simplemente la respuesta de ese maravilloso universo cósmico que me dice: no hay ningún otro lugar donde ir. Todo lo que tiene que ocurrir, tiene que ocurrir dentro de ti y está en tus manos. Estés donde estés, céntrate más, permanece más alerta, vive más conscientemente. Eres un individuo absolutamente libre y si decides permanecer en la ilusión puedes hacerlo durante muchas, muchas vidas. Si decides salir de ella, basta con la decisión de un momento. Puedes salir de la ilusión ahora mismo. (18)

En concordancia con las palabras expuestas, surgen las interpretaciones finales que conllevan al despertar de la ilusión de Amar para llegar a la síntesis de que: El Amor es la transformación de la luz que irradiía en los cuerpos serenos de espíritus consagrados a la bondad, al misterio divino de la salvación de las almas, elocuentes en sonoras y plenas resonancias de ser, que trasciende los espacios virtuosos de la perfección celestial que ennoblecen las miradas y sentimientos que vuelan en el espacio sideral para encontrar los significados y concepciones emitidas y absorbidas por la luz celestial que lideriza las galaxias, los planetas y las estrellas de todo el Cosmo... Formas de energía o espíritus que vagan y divagán por todos los planos y espacios de los confines... encuentran la luz infinita de Dios que resplandece en todos los seres que viven y habitan en el Universo.

No existe ninguna comprobación científica que pueda demostrar el amor de los muertos hacia los vivos, pero si se que la energía liberada en los espacios terrestres ante las necesidades y oportunidades de amar son infinitas, por tanto, esto nos obliga a comprender e interpretar que en el camino de la vida los que han muerto tienen realizaciones e implicaciones sobre los vivos hasta la fidelidad creativa tal como lo manifiesta Marcel, Gabriel dándonos el regocijo y el gozo del amor, más allá donde nuestros sentidos puedan percibir, captar y ver.

En la firmeza de la vida, en la consagración de la muerte, y en el camino del ir y el devenir de los planos que nos llevan a la purificación del espíritu, solo trasciende el amor... Alcanzable e inalcanzable por el misterio y los secretos del Universo.

Referencias bibliográficas:

- (16) Cañas, José Luis (1996) La Hermenéutica Marceliana: Sobre la distinción entre el «problema» y «misterio».
- (17) Zohar, Danah. «El Yo Cuántico». Edision. Compañía Editorial, S.A. México. Marcel, Gabriel (1964). El misterio del ser. Editorial Suramericana. Buenos Aires.
- (18) Rojas, José Luis (2009) «La ilusión de la muerte».